Folletines de "El Progreso Nacional"

## RAMÓN A. SALAZAR

# ALMA ENFERMA

GUATEMALA:
Tipografía Nacional, Segunda Avenida Sur, Número 3.
1896

Señor Profesor
Jeremiah Curtin
Respetuosamente
Ramón Salazar

Guat. Marzo de 1896

# I.

## IMPRESIONES DE UN LIBRO.

Acababa yo de leer el libro *Constantinopla,* de Edmundo d'Amicis, aquel artista incomparable de la frase, en quien parece que está encarnado hoy en Italia el espíritu de Benvenuto Celini, el de los ricos joyeles.

Las visiones de "Stambul," las del "Cuerno de oro," las de "Pera" y de "Galata," ejercían sobre mí una verdadera obsesión. Ya me creía paseando á orillas del Bósforo, el punto más admirable del planeta; ya sobre el famoso puente que une á Europa con Asia, frente á la gran mezquita de la Sultana Validé, y en el cual se pueden estudiar todas las razas que misteriosamente van

deslizándose de un mundo á otro; ya entreveía, al través de las celosías, á la cadina seductora, tocando la guzla, mientras el Effendi, en dulces éxtasis de voluptuosidad y de amor, arrulla sus sueños de mundos lejanos á los ecos de la música, viendo volar en espirales azules el humo perfumado del Nar ghilé.

Ese libro me reveló el Oriente; por él conocí el secreto de sus harenes; la historia trágica y voluptuosa del gran serrallo; las crueldades y los amores de los Padischas; la curiosidad infantil de la mujer turca en todo lo que se refiere á su congénere del occidente; las intrigas y los celos entre odaliscas, y las crueldades de los eunucos con estas aves cautivas del amor.

Los eunucos, sobre todo, han sido siempre para mí, objeto de viva curiosidad, como psicólogo. ¡Son tan infelices!

Cuando oigo hablar de sus maldades, me pregunto: ¿si no tendrán derecho á vengarse por medio de ellas, del horrendo crimen de que han sido víctimas cuando niños? Si los hombres han sido implacables con ellos, ¿qué derecho tenemos para esperar que sean buenos?

Se necesita tener un temple de alma como la de Abelardo para sufrir resignado su miseria.

Se acusa al amante de Eloísa de ser frío en sus cartas.

Y efectivamente, leyéndolas, parecieran las de él, escritas en la Siberia, y las de Eloísa inspiradas en Andalucía. Cuando se reflexiona

por primera vez sobre este asunto, involuntaria sonrisa de lástima brota á los labios para Abelardo, en tanto que se admira y ama á Eloísa, la esposa más castamente enamorada y la escritora más fervientemente erótica que se conoce.

Y, sin embargo, creo que hay injusticia en los juicios respecto del filósofo, y que el mundo no se ha dado cuenta aún de la inmensa extensión del martirio, ni de la poderosa fuerza de voluntad que tuvo para ocultarlo.

Un hombre vulgar, habría conmovido al mundo con sus lamentos; mas eso no era para el sabio, artista y poeta, que el mundo vió con asombro en el siglo XII, admirado de sus discípulos y dueño del alma de la mujer más portentosa entre las que han sentido y han pensado.

Y permítase insistir en este punto delicado, porque, como se verá más adelante, la comparación de esta desgracia corporal con otra, no menos espantosa del alma, constituyen la base de esta narración.

¿Aman los eunucos?

Sí, contesta de plano de Amicis; y en prueba de ello, refiere este caso patético:

Un día, fué llamado en Constantinopla un médico francés, célebre en su profesión, para asistir á una cadina enferma en el harem de un Effendi rico. El médico es el único hombre europeo que tiene acceso al gineceo misterioso.

No bien había traspasado la primera puerta, cuando un joven como de 20 años, dice el médico, bello como un Benjamín, pálido con color

de espectro, con el rostro abismado en profunda tristeza y con los ojos preñados de lágrimas, se apodera de un brazo del doctor, y le dice: Franco, tú que sabes remedios para todos y cada uno de los males; tú que devuelves la vida á los moribundos, dí, no sabrás uno para el mío?... El médico comprendió en seguida, y una lástima profunda se apoderó de su alma; quiso responder algo, mas le faltó la voz, apagándose en su garganta, y no sabiendo que partido tomar, le rechazó con dulzura y se precipitó, abriendo bruscamente la puerta de la habitación á donde se dirigía.

Al leer esta dolorosa escena, he estado á punto de renegar de los hombres y de pedir cuenta al cielo por qué permite tánta crueldad, sin

que se hunda el firmamento, se apaguen las estrellas y se aniquile el Universo.

Prefiero á Heniskan y á Atila, con sus destrozos sin cuento, con sus montañas de cadáveres, con sus teas incendiarias y sus caballos con sangre hasta el cuello, y la desolación de las ciudades que encontraban á su paso, que á *un solo caso* de estos crímenes espantosos de Roma y del Oriente.

Aquellos monstruos eran más compasivos que estos verdugos, porque siquiera tenían la bondad de arrancar la vida á sus víctimas.

Uno de los más inapreciables dones que hizo Dios á los hombres, fué el de la vista: por ella alcanzamos los primeros confines del cielo estrellado; pero, ¿qué comparación

cabe entre ella y el alma muy más grande, pues con ésta se abarca el infinito y se ve á Dios por medio del amor dulce y puro que es el gran ojo del alma?

Un hombre que no haya amado ó que no ame, es una cabeza con órbitas huecas, un cielo sin estrellas, un Universo sin Dios.

Y si eso es monstruoso, figuraos ¿cómo no lo será el sentir dentro del pecho el germen de una pasión; el hervir abrasador del amor, y no poderlo expresar por miedo del ridículo! Tener la inmensa desgracia de ser un hombre incompleto; ver pintadas las sonrisas en labios de los verdugos; oír el eco de la voz atiplada que sale de la garganta, de allí donde tan cerca están hirviendo en ira los dolores, que exigen voz

cavernosa para expresarlos; irse poniendo obeso el cuerpo como el de un berraco, á costa del tedio del alma; y todo ésto, sin esperanza, sin remedio....

Rumiaba yo estas ideas una mañana, por la calle, cuando oí la voz de una persona tras de mí, que me llamaba familiarmente por mi nombre y que trataba de echarse en mis brazos.

Detuve el paso, y ví á un anciano enjuto de carnes, tembloroso, agobiado, de ojos apagados, negras ojeras y mejillas hinchadas y transparentes; en fin, un sér misterioso que causaba lástima y curiosidad al mismo tiempo.

—Caballero, voy de prisa, le dije; hable usted pronto, mas antes le digo que creo usted se equivoca;

pues no tengo el honor de conocer á usted.

—Un muerto, que sale de la tumba, te saluda. Soy Julio, tu mejor amigo.

—¡Julio,....? Los nervios se me crisparon, y serio y encolerizado: respete usted la memoria de un hombre desgraciado. La imagen querida de aquel hermano mío en el corazón, es para mí sagrada, y jamás consentiré que sea profanada por nadie, y menos por un desconocido....

—Gracias, replicó, casi llorando; pero es lo cierto que un muerto te saluda, y en prueba, oye: y pronunció en mi oído, quedamente, el nombre de una mujer á quien yo había amado en mi juventud, y cuyo secreto conocía solamente el difunto.

Volví á estremecerme de nuevo y sentí un sudor frío en las espaldas. Aquel nombre adorado, sepultado en el fondo de mi corazón, que yo mismo no me atrevía á pronunciar ni aun en el silencio de la noche, cuando, sin sueño, evocaba los fantasmas de mi juventud; el recuerdo de mi mejor amigo, á quien creía reposando de sus fatigas en un sepulcro ignorado; el aspecto de aquel hombre, que en vano procuraba ocultar su emoción, ¡qué misterio tenía ante mí!.... Y me quedé pensativo.

—Dudas aún, y no me admira; mas es fuerza que me oigas y que te convenzas. Metió lentamente las manos en uno de sus bolsillos, de donde sacó una rica cartera; abrióla, y me hizo ver una guedeja de pelos muertos y sin brillo, y un retrato

de formas confusas por los años, pero siempre adorable: era el de mi dulce novia, cuyo nombre acababa aquel viejo de pronunciar.

Era el rizo y el retrato que yo había confiado á Julio, para que en Europa hiciese engarzar en oro el primero, y mandar sacar una copia del segundo, por Carlos Durán ó por Madrazo.

—Un ladrón, un asesino, que viene á venderme esta cara reliquia, se me pasó por la mente. Y faltándome las fuerzas por el choque que aquella visión inesperada había causado en mi alma, tuve que reclinarme sobre la pared para no caer. Cuando me hube repuesto de mi emoción, dije al viejo: la gente nos observa y no quiero dar escándalo; y agarrándole por un brazo le señalé

mi casa, que estaba cerca: allí nos explicaremos.

Y me llevé tras de mí á aquel hombre, arrastrándolo, porque no tenía libre el uso de sus piernas temblorosas.

Pronto llegamos: nadie nos vió entrar. Pasé el cerrojo á la puerta de mi escritorio por dentro; el hombre se sentó jadeante, por mi grosería; saqué una pistola de mi bolsa, que puse sobre la mesa, y le dije á quemarropa: hable usted. Estoy dispuesto á todo, menos á que se juegue con mis muertos queridos.

El hombre no se inmutó; al contrario, me dijo con calma:

— Tienes razón en no creerme. Está ante tu vista un anciano decrépito, tembloroso, con la voz enronquecida por los pesares; y tu amigo era un joven esbelto, de tu

misma edad, de pelo castaño y de mirada melancólica. Al frente tenemos su retrato, sobre el cual una mano piadosa ha colocado un crespón. Compara, y admira lo que seis años de dolor pueden hacer sobre un hombre.

Yo soy Julio, que viene, no de la tumba, sino de Oriente; soy tu amigo, que surge, no de la eternidad, sino del fondo del infierno á donde se despeñan todos los desgraciados de la tierra.

Oyeme, y te desengañarás de que no soy un farsante, sino tu amigo, que se despidió de tí hace seis años; quizá no tan desgraciado como entonces, pero sí á la puerta de la tumba.

La emoción había aclarado su voz, cuyo eco evocó en mi alma la voz

de Julio. Me fijé más en aquellas facciones envejecidas, y descubrí al través de ellas, los perfiles de la imagen de mi amigo, como al través de una momia, después de muchos años, se descubre el rostro de una mujer que perdimos, amándola y amándonos.

Creí notar que el cuadro que contenía el retrato de Julio se estremecía y que la efigie lloraba.

No pude resistir: me levanté agitado, convulso y le traje á mí estrechándole duramente contra mi pecho.

—Perdón, le dije! Y ambos estuvimos así, abrazados en silencio, hasta que se calmó la tempestad en nuestras almas.

Nos desacimos uno de otro, y nos sentamos de nuevo. No me atrevía á mirarlo de frente. Tenía

vergüenza de la manera como lo había tratado. Pena, no alegría, de volverlo á ver en aquel estado.

Conociendo su alma, presentía que tenía á mi vista una historia Dantesca viviente.

Al cabo de un rato, y con la frente inclinada y sostenida por la mano, le dije: habla, que te escucho.

Y Julio comenzó así:

Mas permítase, antes de su relato, decir á mis lectores quién era Julio.

## II.

### HISTORIA DE LOS PRIMEROS AÑOS DE JULIO.

Julio Sausforce, á quien conocí desde el Colegio de San Buenaventura, en donde hicimos nuestros primeros estudios, había venido de uno de los departamentos de los Altos, mandado por su tutor para hacer sus primeros estudios en la capital.

Siempre me habló de ese hombre como de un segundo padre; pues él costeaba la mitad de los gastos de la educación, por no alcanzar la escasa renta de los bienes que había heredado para las necesidades de la vida.

Era todo un hombrecito mi amigo, á quien quise desde que lo conocí.

Estudioso, delicado, discreto, no oí jamás palabra malsonante en sus labios, ni supe de acción alguna suya que fuese digna de censura.

Los maestros lo distinguían, porque era uno de los más fuertes entre nosotros.

No que tuviese imaginación viva, verba, ni chisporroteos de frases, sino porque era sólido y seguro. Lo que sabía, lo sabía bien; y no le pasaba lo que á muchos de nosotros, que teníamos que valernos de subterfugios para salir del paso. El era de los mejores *colazos*.

Juntos ascendimos la doble escala mística que nos condujo, en el libro, desde Jacop y Werther, hasta Flaubert y Balzac, pasando por el ardiente sendero de los románticos, que marcaron con su sello de fuego

nuestros corazones. Y en el amor, desde la primera mujer amada, hasta el matrimonio.

Comunes eran nuestras impresiones en todo. El campo solitario, á la hora de la tarde tranquila, nuestro delirio. Fué allí en donde leímos los libros que más impresión han dejado en mi vida: Jocelyn, María, Werther, Atala, los Abencerrajes, Pablo y Virginia y toda esa canastilla de flores perfumadas que produjo la primera mitad del siglo, y que guardamos como pebeteros olorosos, para desinfectar la atmósfera de las hediondeces que trajo consigo el realismo.

Hay libros que no se leen, sino que se lloran. Libros que constituyen un tesoro de recuerdos, en cuyas páginas han quedado impresas

las huellas de nuestros besos, la estrellita globular de una lágrima furtiva que disolvió la tinta y borró la palabra; libros que contienen la flor marchita y pálida, que del seno de la mujer amada pasó á la página silenciosa, para impregnarse en la ambrosía de la frase amorosa, en ella escrita.

Yo conservo los míos muy queridos. Cuando la realidad del mundo me agovia, hago visita á mis queridos amigos—los libros bienhechores;—oh! cuánta flor marchita en ellos; cuánto comentario ingenuo; cuántas veces, repetido en el margen, el nombre de la niña bien amada! ¡Diríase aquello un cementerio de ilusiones, que aun conserva el perfume de la juventud!

Por doce años, fuimos los inse-

parables. Llamaba mi buena madre, hijo á Julio, y se le iluminaba á este el rostro cuando la oía, sin duda recordando á la que había perdido cuando niño. Mi padre, un tanto distraído, solía al hablarle, llamarlo por mi nombre; fenómeno psicológico de delicada confusión de nombres de dos personas queridas, pero que revela involuntariamente cuál es la más pensada y preferida.

Tuvimos la fortuna de salvar los escollos de la juventud, prestándonos mutuo apoyo y conforte. Cuando la suerte comenzó á sernos adversa y sufrimos sus primeros embates, encontramos, uno en brazos del otro, pecho amigo que endulzó nuestras penas. Sólos, quizá habríamos caído en el restaurant, en el garito, en el rumbo, allí donde

se perdieron tantos de nuestros compañeros. Pero nos salvó la amistad, y pudimos concluir nuestros estudios profesionales de medicina, con buenas notas, por allá por el año de 1875.

## III.

### SUS AMORES.

Había conocido Julio, en el tiempo de nuestros estudios, á Sofía, la que más tarde fué su esposa.

No fué aquello un amor romántico, sino hijo de la casualidad. Visitábamos ambos la casa de una familia acomodada, compuesta de la madre y de tres niñas. Una de ellas, con la palidez de la cera y círculos ojerizos que hacían realzar el brillante carbunclo de sus ojos. Alta, esbelta, lánguida, melancólica.

Pintaba en miniatura virgencitas de Murillo y leía libros románticos. Tenía cuarto solo en la casa, al que las hermanas llamaban "el santuario," pues no dejaba penetrar á nadie en él. Era apasionadísima

por las flores blancas, que exhalan perfumes lascivos. Los nardos, los lirios y las mosquetas, sus flores preferidas En cambio, tenía repugnancia por las violetas, mi flor favorita, cosa que le valió mi antipatía, único secreto que oculté á mi amigo. Explicaba Sofía aquella repugnancia por la delicada flor, primero, por el aroma, olor de virgen, que despide, que la producía la neuralgia, y luego, y sobre todo, porque nace oculta entre las hojas verdes. Yo no puedo, decía, atreverme á meter los dedos entre la planta para buscar la flor (ojalá los dedos tuviesen ojos), porque me da mal de nervios el sólo pensar que en vez de ella puedo hallar un gusano....

Si queréis obsequiarme, dadme la

flor de cera, que tiene castidades de virgen; traedme camelias blancas, aunque sin olores, que yo sabré perfumarlas.

Se pasaba días enteros sin salir á la sala, ni de su cuarto.

La mañana, que al despertar, oía que doblaban á muerto, era día de jaqueca y de llanto. Era devota por meses, y otras veces no practicaba. Dicen que en su cuarto tenía al lado de la Madona, á la Gioconda. Tenía aversión á los perros é idolatraba á un hermoso Angola, que se acurrucaba en sus brazos y que ella acariciaba, diciendo que la finura aterciopelada de aquella piel le causaba deleite. Daba besos al animal, que le hacían esponjar la cola.

Cuando estabá de buen humor,

nos sorprendía con canastillas de albérchigos priscos, que tienen no sé qué perfume de Oriente, que ella, la primera, llevaba á la boca entre el pulgar y el índice, chupándolos con fruición.

Quisiera tener mis mejillas con el tinte de estas frutas, los cabellos dorados, como el champagne espumante y los ojos color de los de Loreralay.

Una vez, que había llorado, nos dijo: Siento que estos románticos no valen nada; me tienen muerta con sus eternas quejas. No hay más que dos libros dignos de leerse en Francia.

—¿Y son, Sofía?

—"Le Rouge a le Noir de Sthendal" y "Bel Ami" de Maupasant.

No se burlen, nos dijo; si yo sigo

con los románticos, me muero. Necesito libros fuertes, necesito ejercicio, luz, vida. Prefiero ser en el campo una paisana robusta, que no en estos salones una *demoiselle* enclenque.

A los pocos días caía con un ataque de asma nerviosa. Quiso que Julio fuese su médico, y no permitió que se llamase á ningún doctor de la ciudad. No, dijo; Julio me curará con amor, va en ello su reputación. Cualesquiera de esos viejos médicos que viven entre muertos y enfermos, me causarían asco; siquiera Julio usa mi perfume favorito, y estoy segura de que se lava y desinfecciona después de la disección.

Interesó el caso á mi amigo, y se dió á estudiar; á los pocos días Sofía estaba restablecida, pagándole

sus desvelos con tiernas miradas y llamándole de tú.

El amante sustituyó al médico.

No me dijo una sola palabra; le ví cabizbajo y meditabundo. Se dió con más tesón al estudio; pasó horas enteras sobre el microscopio, que exige concentrar toda la vida en el ojo, en busca de lo infinitamente pequeño; se dió á la disección, al estudio de la fisiología, su ramo predilecto; y en sus horas de descanso, en vez de novelas leía obras de filosofía trascendental. Poco á poco fué cambiando de carácter; se hizo serio; la ráfaga vital del espíritu de Kant fortaleció su cerebro, y el joven se convirtió en hombre. No se contentó con referir lo que había leído, sino que lo razonó. En un instante se puso á

muchos codos de altura sobre nosotros. Se habría dicho que había obtenido una coraza, porque no le ví suspirar más, ni menos mostrar aquella sensibilidad enfermiza de conmiseración por todo lo pequeño y por todo lo que sufre, por el insecto, por el mendigo, por el niño que llora.

A la palidez de Sofía, sucedió el buen color. Algunas veces le decíamos, riendo: que ya los albérchigos tenían que envidiar los colores de sus mejillas.

Locuras de muchacha romántica, decía, riendo. ¡Viva el señor doctor con su hierro y sus reconstituyentes y mueran los melenudos románticos!

Poco á poco fuí yo ausentándome de aquella casa, porque el corazón

me llevaba á otra parte. Algunas veces encontraba á Julio pensativo, sorprendiendo en sus ojos furtivas lágrimas. ¿Qué tienes, amigo mío?, le dije un día. Nada, y mucho, me contestó. Padezco de que soy pobre y de que amo.

—Dos cosas que no son raras en la juventud.

—Pero sí con Sofía, y sí en mí. Esa mujer debe ser mi esposa; pero necesito antes hacer veinticinco mil pesos.

—Cosa que tampoco veo difícil en Guatemala, si tienes la paciencia de aguardar diez años y la fuerza de voluntad de no abandonar tus estudios científicos.

—Antes los tendré, te lo juro, amigo mío, me contestó. Estoy dispuesto á marcharme á la costa;

buscaré allí el lugar más enfermizo, y, ó hago dinero, ó reviento.

Comprendí que el amor triunfaba sobre la amistad, y no dije una sola palabra.

Julio se marchó á la costa, efectivamente, en donde al principio, la malaria, y después la fiebre amarilla, lo pusieron al borde de la tumba. Permaneció allá tres años. Pronto se extendió su reputación de buen práctico, y obtuvo numerosa clientela. La suerte lo favorecía en todo: tuvo tacto para los negocios, y no tardó mucho en hacerse rico.

¡Qué placer cuando volví á verlo! La ausencia no había apagado en ninguno de los dos el cariño; tenía orgullo de tener por amigo á uno de los médicos más distinguidos del

país. Tras la frente despejada y serena del joven, se traslucía al sabio. Presto llegaron los honores y distinciones, y no tuvo que separarse de la capital sino para visitar sus fincas, que iban en auge. Tuvo el tino de no mezclarse en política, por lo que fué respetado de todos los partidos y solicitado de todo el mundo.

## IV.

### LA AUSENCIA.

Visité á Sofía muchas veces, mientras duró la ausencia de nuestro amigo. A qué negarlo? fuí su confidente é intermediario. Aunque estaba admitido oficialmente como novio, él me escribía que frecuentase la casa y procurase conquistarme el afecto de Sofía.

Sé su amigo, me decía, pues en ella tendrás mañana una hermana. La dicha ensancha los horizontes de la vida. Ayer éramos dos jóvenes á quienes la casualidad aproximó y á los que el hado benigno reunió para siempre con el lazo de los scaldunas. Mañana formaremos una familia. Yo no comprendo la dicha sin ti. Sólo llegné á Gua-

temala, y hallé en tu hogar lo que la naturaleza me había arrebatado. Tus padres, lo fueron míos; tú, mi hermano.

Estas frases me conmovían, pues no eran sino el reflejo del afecto puro que yo profesaba á aquel joven, mi hermano en el espírltu y el corazón.

Pero Sofía era inabordable. Había decaído de colores. La ausencia del novio la estaba matando. Á las batas de armiño ornadas de fino arlençón, había sustituído los vestidos pálidos, como su tristeza, y crespones negros, como su dolor. Bebía vinagre, y se extasiaba al contemplar los frailes rígidos de Zurbarán, de los cuales tenía una colección.

Había adquirido la pasión de las rosas.

No se contentaba con la verde musgosa, que á mí me hace el efecto de una araña y que me parece un monstruo al lado de sus hermanas, ni con la roja, con reflejos oscuros aterciopelados, como los mantos que llevan las reinas de Oriente, sino que quería obtener un *especimen* en negro, de ala de cuervo, á quien llamaría "Rosa Sofía," para lo cual se había entregado al estudio de la floricultura.

Tenía en proyecto el escribir una novela que tuviese por argumento los amores imposibles de una rosa con un colibrí.

Decía que no le parecía difícil aprisionar á los pálidos rayos de la luna y las estrellas en un filtro, liquidarlos después y beber á sorbos el néctar delicioso, que debe propor-

cionar la eterna calma y el alivio beatífico á este corazón, que latiendo nos devora.

Todas aquellas nerviosidades me asustaban. Cuando le hablaba de éteres y de bromuros, se reía y se burlaba de mí, hasta causarme mal.

Me trataba de médico materialista que busca el alma por medio del microscopio, cuando debe de buscarse en el infinito. Me decía, que nuestros estudios nos infectan tanto el alma como el corazón. Que si la organización social fuese mejor, debiamos habitar los de mi clase en el ghetto, como los judíos en la Edad Media; que éramos los corruptores de la juventud y los implacables destructores de toda ilusión.

Entonces le recordaba la profe-

sión de Julio, y aun me atrevía á hacerle reflexiones sobre la disparidad de sus inclinaciones.

No, me contestaba. Julio es médico, por hoy, como medio para llegar á nuestro intento; pero yo lo convertiré en filósofo. Lo verá usted, amigo mío. Abelardo vencerá á Hipócrates. Yo seré su Eloísa.—Y entonces se ponía á escribirle cartas apasionadísimas, cortadas en el molde de las de la Monja de Portugal.

Yo también escribía á Julio; le daba cuenta del estado del alma de su novia; le aconsejaba que se hiciese el hombre fuerte y que curase con saludables consejos aquel espíritu fantástico; que prolongase su estancia, y, una vez me atreví á aconsejarle que olvidase..

Mas, ¿de qué sirven los consejos á los enamorados?

## V.

### EL CASAMIENTO.—MIS TEMORES.

No fué aquel día, día de regocijo para mí, sino de tristeza egoísta. Sofía me arrebataba á mi amigo, y comprendí que á nuestra vida se le abrían nuevos derroteros. Comprendí que, semejante á un río, después de haber recorrido su cauce siempre engrosando á medida que avanza por los arroyuelos del bosque, el torrente de las montañas, las nieves derretidas de los ventisqueros, y que pasa fecundando las praderas, hasta llegar á un punto en que un obstáculo lo divide, convirtiéndolo de río majestuoso en húmedos arroyuelos que se pierden en la oscuridad y el misterio de las cañadas distintas, entre precipicios,

saltos y obstáculos, hasta encontrarse otra vez en el seno inmenso del océano, así nos pasaba á nosotros.

Pensé que el sol se había puesto al abandonar la llanura de nuestra juventud; que declinábamos á lo desconocido, que se llama mar de la eternidad.

Juntos habíamos sido fuertes; pero ¿qué sería de nuestro porvenir?

Yo decía á Julio, que era prudente retardar la boda. Mi amistad le hacía ver que Sofía era una muchacha delicada y nerviosa, que necesitaba conocer más el mundo y fortalecer el alma con el estudio y la observación de ejemplos confortantes.

Hasta llegaba á hacerle mi profesión de fe respecto á las cualida-

des de la persona que yo preferiría para esposa, diciéndole, que estaba de acuerdo con aquel periodista ingenioso que prefería á las mujeres que escriben beso con v, á las que lo escriben con b; y aquéllas que toman á *Polonia* por el nombre de una mujer, á las que saben que Polonia es un país.

Y Julio se reía, tomando á chanza esta mi última opinión, diciendo que la edad me iba haciendo maligno. En cuanto á los nervios, decía el médico, poniéndose serio: el matrimonio los curará.

¿Qué quieres tú, continuaba, que haga yo con una mujer que mientras le hable de Platón y me bañe en las aguas del ideal, no me escuche, y se ocupe de hacer calceta?

¿De qué nos hablaríamos?

¿Con qué llenaríamos el abismo que separaría nuestras almas?

No, decía entusiasmado, yo necesito una alma gemela, una alma femenina que endulce y suavice las asperidades de mi espíritu; que prepare, mientras esté ausente y luchando en el mundo con los hombres, el dulce platito del consuelo; que cuando llegue fatigado por el estudio de las miserias del alma y del cuerpo que afligen á los hombres, tenga preparado el bálsamo de azahares y cardamomos, para perfumarme y purificarme de las impurezas de la vida.

¡Oh, poeta!, le decía, ¡qué pronto has olvidado que vives en la tierra!

Asesíname si quieres, porque te hago bajar del ideal; pero á mí nadie me convencerá de que en la lucha

por la existencia, deje de suceder que muchas veces vale más un buen beafsteak que un verso. Todo á su tiempo, mi amigo.

—Y él, entonces: ¿para qué inventó Dios á las cocineras? Ándate á paseo, señor gourmet, señor Brillant Savarin, que yo me quedo con los besos de mi Sofía, que saben á néctar, especialmente destilados por los dioses y en sus labios colocados para uso particular de tu amigo.

Así terminaban nuestras pláticas. Somos muy tontos, somos muy tontos, amigo mío, me decía, en retardar nuestra felicicidad.

El cielo comienza al otro lado de la puerta nupcial. Yo veo en sus umbrales dos ángeles misteriosos que dirigen el dedo al interior del

tálamo, señalándome el gran misterio. Al través de su transparencia, veo al sol sin ocaso del amor; veo cimas de arminio, en donde se agitan mis niños, bellos como ángeles, que crecen, que se hacen jóvenes y llegan á hombres y nos acompañan en el camino de la vida sembrado de flores, hasta llegar á orillas del mar sin riberas, en donde viejos, Sofía y yo, y cansados, nos dejamos caer en el seno de la eternidad.

Pronto la casa de mi amigo fué el centro del buen tono, y Sofía objeto de moda. El matrimonio, gran artista, dió los últimos toques á aquella escultural figura. Turgente surgió el seno triunfante de Venus de Milo en aquella flor del trópico. Parecía que sus ojos hubiesen aprisionado á los relámpagos,

que se entrechocaban en el fondo de dos abismos bien hondos.

Acentuóse en sus mejillas una palidez mate de mujer que ama mucho y que concentra toda su sangre en el corazón. Su talle tomó el delineamiento indescriptible de la palmera balanceada por el céfiro. Á mí me saludaba como una reina que, desde lo alto de su grandeza, me tenía compasión y se burlaba de mi derrota.

¡Cuán bella estaba con sus vestidos negros de terciopelo y sus brillantes de mil aguas, que lucían como las estrellas á media noche en el cielo callado!

Al verla, ya las flores no sonreían llamándola hermana, no.

Los astros pestañaban desde arriba avergonzados de tanta claridad.

Julio vivía en dulce éxtasis, que ¡desgraciados de nosotros! debía pagar bien caro. La dicha es una mundana de la peor especie, que cobra caro sus favores, y los cobra á lo último. Á pocos les es fiel. Es una de las hadas arrojadas de la mansión celeste, y que para distraer sus nostalgias del bien que perdió, se ocupa en hacer entrever el cielo á los hombres para sumergirlos de nuevo en la noche.

Pero no quiero prolongar más mi relato.

## VI.

### LA CATÁSTROFE.

Pasaron cinco años, y un día se extendió la noticia por la ciudad, como un relámpago, de que Julio había sorprendido á su esposa en brazos de un amigo de la víspera.

Volé á su casa. Era cierto; la infame lo había traicionado.

No me dijo ni una sola palabra, pero se arrojó á mis brazos anhelante, loco, mudo de dolor, con crispaturas nerviosas de desesperación.

Sofía se había marchado á casa de su madre y el seductor había huído.

Te aguardaba, me dijo al fin. No tengo en el mundo más que dos amigos: esta pistola y tú. Mi alma está acongojada y tiende á la noche.

La muerte no es una solución en este caso; ¿qué hago?—Viajar, le dije, y olvidar.

—Pues bien, sea, viajaré. Yo iré á ocultar mi dolor al fondo de la estepa, ó á engañarlo y á engañarme en brazos de Lutecia.

Realiza mis bienes cuanto antes. Cómprame letras, que ya decidiré de mi destino. Estas serán las últimas lágrimas que derrame en esta tierra.

Cumplí los votos de mi amigo; quien pronto se embarcó sin punto determinado. Ya te escribiré, me dijo. Quiero reflexionar lejos de Guatemala.

Lo acompañé hasta el puerto, y nos despedimos en estrecho abrazo, jurándonos en presencia del océano no olvidarnos.

Yo me quedé sumido en la más angustiosa pena, temiendo por la suerte de mi amigo.

Al llegar á San Francisco me escribió una carta, diciéndome que se sentía aliviado; que leía á Goethe, que le prestaba su frialdad olímpica y marmórea; que había tomado su resolución, que algún día conocería.

Y no volví á saber más. Indagué, dí encargos. Nadie lo había visto ni oído hablar de él. Hice un viaje á los Estados Unidos y á Europa, y nada; el abismo se lo había tragado.

¡Ay de mí!, me decía llorando. Cansado sin duda, se decidió á morir. Y desde entonces vistió luto mi corazón, por mi hermano, por mi mejor amigo.

La sociedad olvidó pronto el escándalo, y no hubo en el templo de

aquel desgraciado sino un solo fiel, que no lo olvidó un solo día. No dejé de soñar con él una sola noche hasta el día memorable en que ocurrió el suceso que dejo relatado en el capítulo primero.

## VII.

### EL REGRESO.

—Habla, pues, Julio, pero con calma, te lo ruego, y modera tu emoción ó tus nervios.

—Lo haré como pueda, dijo con voz cavernosa. El aire de esta tierra, por la que he suspirado tanto, en vez de ablandar mis fibras me produce una tensión como si me hubiese envenenado con la brucina. Me creía curado; creía haber disecado á mi corazón fibra por fibra, arrancándole toda su sensibilidad enfermiza: y después de seis años de esfuerzos, veo que todo ha sido vano. ¿Cómo quieres, pues, que hable con calma?

Sin embargo, escucha y ve; y arremangándose la manga de la ca-

misa, me enseñó un brazo lleno de llagas, piquetes y apostemas. Comprendí en el acto: mi amigo era morfomaniaco. El temblor de sus miembros, su aspecto y ese brazo monstruoso me lo probaban.

—Ves este brazo? Pues peor está mi alma.

Me desagradó la frase; vaya, pensé, está loco; y haciendo un esfuerzo supremo detuve dos lágrimas que querían asomar á la pupila.

—Bien, le dije, aparentando una tranquila calma, todo eso tiene remedio; pero prosigue y acaba pronto, porque tanto tú como yo necesitamos reposo.

—Llegué á la capital, ayer tarde. Vengo de Oriente. Quise desde luego venir á tu casa, cuya dirección tomé desde el puerto, mas de-

terminé antes hacer mi última prueba y someter el corazón á su última tortura. Fuí á verla, fuí á espiarla, y lo conseguí.

Ha cambiado, mejorando, y eso me desesperó, porque te confieso que habría querido encontrarla marchita por el remordimiento. La ví sonreir, y estuve para desmayarme. Altiva lleva aún la frente la ingrata. Y me puse á temblar. ¡Ver á la mujer por quien he sufrido tanto, á pocos pasos de mí! ¡Pensar que traspasando la reja, yo habría podido ir á echarme á sus plantas, besarle los pies y morir allí! ¿Besarla la frente? No yo, que la conocí pura é inmaculada. ¿Estrangularla? Eso sí; víbora, que con su aliento infeccionó mi alma. Mas no; ¡matar á mi ángel de otros días!

¡Dios! grité desde el fondo de mi alma, aparta de mi mente esta idea asesina.

Y Dios me oyó; pues mientras ella pasaba arrogante, al alcance de mi puñal, yo caía desvanecido y sin sentido en el suelo.

La brisa de la noche me serenó la frente, y me fuí al albergue, en donde he pasado la noche agitado, aguardando la aurora de este nuevo día. Aun no se han calmado mis nervios por completo; pero eso pasará, ya lo verás; lo que necesito es sosiego y reposo.

Si tuviera un padre, le diría: "Yo no soy digno de llamarme hijo tuyo; hazme como uno de tus jornaleros.'

Mas tengo un amigo, y le digo: "Dame hospitalidad, que aun soy digno de llamarme tu hermano."

—Y yo, lleno de contento y ya en sus brazos:

Un amigo tenía que era muerto y revivió; que se había perdido y ha sido hallado. Y como el buen padre de la famosa parábola, puse anillo en su mano, calcé sus pies y mi esposa y mis hijos celebramos juntos el banquete de la bienvenida de aquel por quien había enseñado su madre, á mis niños bien amados, á rogar é implorar del cielo la clemencia en su favor.

## VIII.

### LA REVELACIÓN.

Á la mañana siguiente, se levantó completamente calmado; y solos en mi despacho, frente á dos tazas de café humeante y oloroso, comenzó su relación de este modo:

—De San Francisco te escribí hace seis años, mi última carta. Cuando tal hice, había ya tomado una resolución definitiva: marcharme á Oriente y perderme en aquel mundo, como átomo en un mar de arenas.

Comprendí, desde luego, que dada la situación de mi espíritu, no eran distracciones lo que necesitaba, que no son más que paliativos, sino una cura radical. Que existen enfermedades morales que no curan los ga-

lenos, sino los filósofos: y por eso me decidí á marcharme á la India en busca de aquellos ascetas psicólogos, de los que tanto había oído hablar.

Como Cortés quemando las naves, yo quise cortar toda comunicación con América, y, para mayor seguridad, me embarqué con un nombre supuesto.

Perdóname que te haya olvidado como un ingrato, pero en ello me iba la vida.

## IX.

### SUS IDEAS SOBRE LA CIVILIZACIÓN DE OCCIDENTE.

Es cierto que en Europa hay el recurso de la ciencia, las letras y las artes para distraer el espíritu y aliviar el corazón. Mas la ciencia, si es verdad que ha producido admirables descubrimientos en el terreno de los conocimientos prácticos y útiles, no ha dado sino pasos vacilantes y medrosos desde los tiempos de Platón, en lo que se refiere á la incógnita misteriosa que llevamos dentro de nosotros mismos.

La vida! ¿qué es la vida? Conocemos los médicos los resortes del organismo. Cuando se estudia como sabios y artistas el cuerpo humano, vamos de admiración en admira-

ción contemplando los secretos de la prodigiosa máquina. ¿Qué cosa más portentosa que el cerebro, ese microcosmos, la obra maestra del Creador? No le costó, de seguro, tanto trabajo crear el sol, como lo tuvo al formar el encéfalo. Estoy seguro de que al contemplar su obra sonrió de satisfacción, viendo que era buena.

Poned por un lado á la legión de los genios; contemplad con los ojos del alma al Dante, á Homero, á Job, á Esquilo, á Shakespeare, á Cervantes, á Goethe, y cuando os hayáis saciado, volved la vista á las estrellas; y las hallaréis pálidas.

¿Quién me explica el misterio de esa luz que brota del cerebro en forma de verso, de himno, de plegaria?

No es el médico, seguramente, con su escalpelo sin alma; ni el micrólogo, con el microscopio, que estudia la célula, en que el misterio tiene su regazo. No es tampoco el teólogo, aferrado á su creencia como en una roca, contra el furor de la tempestad. Es, sí, el filósofo.

¿Pero en dónde está la filosofía?

No en Europa, seguramente. Cuanto sabemos los occidentales sobre la materia, podría escribirse en la hoja de un cigarro.

En cuanto á las letras y á las artes, es verdad que proporcionan fugitivos placeres. Al oir una melodía ó leer un buen libro, el alma ansiosa os dice desde adentro: *¡más, más!* Pero como éstos son tan raros, no podréis dar gusto á la eterna hambrienta.

¡Cuántos millones de hombres han vivido en el mundo! y, sin embargo, no ha habido sino un Rafael.

¡Cuánto han llorado y cantado los pueblos, y no hay sino un Rossini y un Palestrina para consolarlos, ó para prestar notas á nuestros propios cantos de alegría ó desesperación!

Por eso, en vez de marcharme á Europa, como otro cualquier desgraciado lo hubiera hecho, me fuí al Asia misteriosa, llegué á la India y me interné hasta llegar al Tihbet, en busca de los fakires.

## X.

### EN LA INDIA.

Te confieso que traté de despojar á mi alma de todo lo que aquí había aprendido. Religión, ciencia, arte, todo fué á un lado, porque me estorbaba. Quise penetrar hasta el fondo del secreto de los indios, en la concepción que tienen de Dios.

Quise abismarme en Él, caer en su seno, como el aerolito en el sol, para derretirme en su fuego, y así olvidarme á mí mismo y acallar aquella pena desgarradora que me corroía el corazón.

Me acerqué humilde á los brahamanes. Conocía, por mis estudios, su orgullo de raza y la dureza de sus castas, y temía verme rechazado, porque ¡ay de mí! me sentía con el

alma de un paria; ¡tanto era mi dolor! Hallé, sin embargo, paternal acogida. La hospitalidad figura entre los brahamanes en el número de los sacramentos, y no hacen de ella, como nosotros, una mercadería.

Me hice yôgi. Por dos años estuve embebido en la lectura de los libros sagrados, los Vedas, El Ramayana y las leyes de Manú, en inglés, bajo la dirección de mi maestro Bhagiratha, un brahaman tan sabio como flaco, que se alimentaba de hojas secas y maceraba su cuerpo tres veces al día, y en las horas que destinaba á la penitencia, durante cada aspiración pronunciaba ochenta veces la palabra *Oun*, inmóvil, con los ojos cerrados pensando en Dios y buscando su claridad.

Cuando yo lo conocí, había lo-

grado soportar ese ejercicio hasta media hora, y me decía que tenía esperanzas de llegar á la perfección, si antes no reventaba.

Para prepararme, ayunaba yo día y noche y me pasaba horas enteras sin movimiento, olvidándome de mí mismo. Pero el dolor no me dejaba, y venían, sin embargo, involuntariamente las lágrimas á mis ojos. Mi maestro, que conocía mi secreto, me confortaba aplicándome unos cuantos disciplinazos sobre las espaldas, las que á los pocos días tenía chorreando sangre.

El dolor físico me despertaba, y seguía en la oración.

Cuando mi maestro me tuvo suficientemente preparado, buscó para mí un lugar solitario, ni muy alto ni muy bajo, expuesto al sol abra-

sador de la India y á las lluvias; tendió un cuero, telas y yerbas; me hizo sentar, y me dijo: "Voy á dejaros solo, dueño de tu pensamiento y despojado de toda esperanza.

Eleva tu espíritu hasta la unidad; domina tus sentidos y concentra mentalmente tu pensamiento en el firme propósito de tu purificación.

La prueba será dura para ti. Eres hombre, y eres occidental, y, por lo tanto, estás doblemente manchado.

El silencio del sepulcro reinará á tu alrededor. Permanece largas horas sentado. Olvida á tu patria, á los que dijeron ser tus amigos, y llega al éxtasis, pensando en la gran claridad. Mantén el cuerpo en equilibrio, con los ojos hacia

arriba, sin mirar ni á un lado ni á otro. Levanta los índices hacia las estrellas, manteniendo los brazos contra el pecho.

No desmayes; que tu propio cansancio te dé nuevas fuerzas, y si te agobia, levántate de nuevo, hasta donde soporte el miserable organismo.

Puedes levantarte de cuando en cuando, y entonces te sostendrás sobre un pie, apoyándote tan sólo en los dedos, y con los brazos extendidos y sin apoyo, y entonces comienza el ejercicio del *Oun*; reteniendo cuanto más puedas el aliento.

Yo vendré á saber de ti de cuando en cuando. Un *paria* te traerá cada día el alimento; no lo veas, que la vista de esos miserables envenena y echa á perder la buena obra."

—Y me dejó.

Yo temblé al verme abandonado en aquella soledad y frente á frente con mi destino.

En el acto saltó como una fiera hambrienta el recuerdo de mi dolor.

Y para librarme de ella me senté en la posición mandada por mi maestro, con los ojos dirigidos al cielo.

Triunfé por largas horas, á costa de mi cuerpo. Cuando no podía más, caían mis brazos exánimes. Tenía la cabeza ardiente. Mil bolas de fuego surcaban el espacio; todo cintillaba; un ruido atronador, como de universal catástrofe, sonaba á mi alrededor; rayos rojizos cruzaban el firmamento; aquello era un placer doloroso; la nuca me dolía; sentía una tensión general; ago-

nizaba de dolor. ¡Gracias, Dios mío! pues que olvido; y al sólo pensar en que olvidaba, venía otra vez á la memoria la furia amenazante.

¡Oh, lucha cruel y bienhechora al mismo tiempo!

¡Oh, dolores bendecidos; vosotros me hicisteis entrever la esperanza!

Entonces pude dormir algunas horas, cosa que no había logrado hacía largo tiempo; lo que ya era algo.

Para mí no había estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Resistía cuanto más, y caía anonadado, sin tener conciencia de que me iba á dormir.

¡Oh! ¿por qué despertaba?

Desvanecido completamente y sin conciencia, cuando menos lo espe-

raba, sentía un doloroso sacudimiento que me volvía á la vida, espantado, tembloroso. ¿Quién me llamaba? El dolor, el eterno dolor!

Y yo, espantado, gritaba: ¡piedad! y volvía á la oración y al éxtasis.

¿Por qué no me volví loco?

¡Oh, razón! ¿por qué conmigo, tan fieramente tenaz?

Mi cuerpo se enjutaba y trataba, según las buenas reglas, de apergaminar mis carnes. Comía lo menos posible. Oía á lo lejos el bramido de los tigres hambrientos, y ¡miserable humanidad! ¡temblaba de miedo esta máquina, tan ruin de cuerpo como de alma!

¿Cuánto tiempo duró este primer ensayo? No lo sé. Un día me desperté en la choza de mi maestro, que estaba en oración. No tenía

conciencia de nada. ¿Quién era aquel hombre extraño, que me hablaba en idioma tan especial? ¿Y mi patria, y mis amigos y mi S....?

En el acto se descorrió un velo misterioso, y vi todo mi pasado claramente: mi infancia, mi madre amorosa, la dulce juventud y mi desgracia sin igual, y me puse á llorar como un niño, con la misma amargura con que lo hice cuando por vez primera sondeé el abismo de mi desesperación.

Un disciplinazo contuvo mis lágrimas. Di gracias á mi bienhechor y le pedí que me refiriese lo que había pasado, á lo que me contestó, que habiendo ido hacía quince días á examinar mis progresos, me había encontrado exánime; que como no me despertase luego, se puso en

oración, y como aunque ésta duró largas horas y yo no volvía en mí, no dando señales de vida más que por la respiración tranquila, comprendió que yo había caído en una especie de sueño cataléptico, primer grado de la perfección, por lo que creyó prudente traerme á su casa, para cuidarme y alimentarme, ya que corría peligro de morir de inanición si me dejaba abandonado.

¡Oh, maestro! le dije, ¿por qué no dejaste á este pobre gusano, á este paria, á este nadie, abandonado á su destino?

Lo que está escrito, escrito está, me dijo, y me dió otro disciplinazo en castigo de este mi acto de rebelión.

Yo callé y besé la mano de mi amigo.

Poco á poco me fuí reponiendo. Mis vestidos caían á girones. Los gusanos me carcomían las espaldas, y yo sentía fruición en aquellos agudos dolores. Me creía ya un cadáver devorado por las larvas del cementerio, y daba gracias á Dios.

Cuando estuve algo repuesto, el buen Bhagiratha me llevó arrastrando al lugar de mi penitencia.

Yôgi, me dijo, continúa en la oración; no desmayes; estoy contento de tí, porque, aunque al principio de tus pruebas, me das muestra que se puede aguardar algo de tí, bajo la dirección de un buen maestro.

Modera tu alimento; la gula es el principal enemigo del hombre; el verdadero bien: el ascetismo y la maceración. Si dentro de un año se nota que has hecho algunos progre-

sos, ya pensaré en las maceraciones que debes adoptar.

Por ahora, aunque el calor de este sol tropical no es despreciable, se te rodeará de cinco fuegos noche y día. No bebas agua, que es impura. No vuelvas á abrir los dedos, y procura perforarte las manos á fuerza de apretar las uñas contra las palmas. Por eso no he permitido que te las cortes hace seis meses.

Triunfa de toda ilusión de los sentidos. Hiedes, es verdad, pero es necesario que ese hedor te parezca un perfume. Extingue en tu alma todo deseo, hasta el de la muerte. Prepárate á la anquílosis; no muevas los brazos hasta que queden tiesos para siempre.

Trabaja contra tí mismo. Si sonríes, si lloras, retrocedes. Debes ser

impávido ante el placer y ante el dolor. Piensa en Dios.

—Bien, maestro, tú me salvarás.

Y en el acto me apliqué á obedecer las instrucciones de aquel hombre sabio y piadoso. No tuve conciencia de si se quedó ó se fué. Mis ojos se dirigieron á lo alto. Yo me quedé inmóvil, rígido, perforándome las manos.

El cielo estaba negro, presagiando tempestad. Poco á poco fué clareando, y así como en una linterna mágica colosal fué surgiendo, cada vez más aparente, una visión que me heló la sangre. Vi retratada toda la historia de mis amores; oí el eco de mis castos besos, el sí pronunciado ruborosamente, la primera lágrima de goce al sentirme correspondido, nuestras pláticas,

nuestros idilios, no en prosa, sino en verso puro y riquísimo, el velo nupcial, los azahares olorosos, el cántico argentino de mi niño á los cuatro años al despertar cuando yo iba á besarle la frente.

Estaba perdido.

Cerré los ojos, y la escena cambió de color: esa vez veía verde; volví á abrirlos y ví el cerro del Carmen, y las siluetas de los volcanes, y la puesta del sol, y los amigos con sus parejas; á tí, con tu novia, que me saludó sonriente; y esa vista se desvaneció, y me vi al lado de Sofía, que tocaba al piano la serenata de los "Angeles," su pieza favorita; y caí á tierra ahullando, arrastrándome sobre la arena caliente y sedienta, que chupaba la sangre de mis heridas y hacía que los gusanos se chamuscasen.

De repente me puse en pie y salí huyendo despavorido en busca de mi maestro, como perseguido por la visión espantosa. Llegué moribundo, me dejé caer de rodillas á sus pies y le revelé mi desventura.

Desgraciado, me dijo, separándose de mí con horror; muy grande debe de ser tu infortunio, cuando no alcanzas gracia ni en el cielo. Marcha de aquí, réprobo, más miserable que esa lepra verminosa que te está corroyendo el cuerpo; que esta sea la última conversación entre los dos. Yo abandono esta choza, mi abrigo preferido de largo años y que tú has infeccionado con tu presencia. Te abandono al paria, y yo, tu maestro, te ordeno que dentro de un mes abandones la India para siempre.

Besé la tierra, y en esa posición lloré por largas horas, lamentando la nueva desgracia mía de haber perdido el afecto de Bhagiratha, á quien no volví á ver más.

El paria limpió los gusanos de mi cuerpo, puso bálsamo en mis heridas, perfumó mi cabello, me alimentó con huevos de cocodrilo, me vistió; todo eso, llorando de profunda compasión al ver que al fin había encontrado un hombre más infeliz que él.

Yo besé aquella mano caritativa, una y mil veces, y tomé mi bordón de peregrino, camino del puerto. Cuando hube llegado al monte vecino, volví la vista y vi á mi bienhechor entre un estercolero, dándome el último adiós; y lo perdí de vista.

## XI.

### EN CHINA.

¿A dónde ir? Quizá lo más prudente habría sido arrojarme al fondo del mar.

Mas yo nunca pensé en serio en el suicidio. Eso habría sido perderme en la tierra y en el cielo.

Pensé en el interior de Africa, en un oásis perdido en el mar de arena del Sahara ardiente: pero encontré aquello como un deleite, y me reprimí á mí mismo. Me acordé de la Thebaida, á donde se retiraban los primeros cristianos horrorizados de los desenfrenos de Roma; mas consideré que aquel era un asilo al cual no tenía derecho de refugiarme, ya que yo había abjurado de mi religión.

En ese momento me acordé que allá en los tiempos fabulosos, un día, la infeliz Dido, abandonada por Eneas, y presa de iguales tormentos que los míos, había dicho á su hermana, que "allá en las extremidades del océano, en donde el sol se abisma en las ondas, se extienden las regiones más apartadas de la Etiopía: es allí en donde el gran Atlas sostiene sobre sus espaldas el eje resplandeciente de los cielos estrellados. Allí vive una sacerdotisa de los Massilianos, guardiana del templo de las Hespérides, á cuyas puertas y bajo las ramas del árbol sagrado, alimenta con miel y adormideras al dragón, su compañero de vigilias. Aquella mágica se jacta de poder desligar á su antojo á los corazones de sus tormentos, ó

de inspirarles los amargos desasosiegos del amor. Ella detiene el curso de los ríos; fuerza á los astros á que desanden su carrera; evoca los manes de su noche eterna, y á su voz muje y tiembla la tierra."

Eso nos cuenta Virgilio en la Eneida. Pues á Etiopía, me dije, en busca de la maga. Pero ¡ay! que yo me olvidaba que los tiempos clásicos habían muerto, y que ni aun nos queda el consuelo de recurrir á los conjuros de las Circes y Medeas, para pedirle los jugos que embrutecen, ni de bañarnos en las aguas del Leteo, que hacen olvidar.

Pensé en la columna de Simón el Stilita, y esa idea me sedujo. Rumiábala cuando se me apareció mi amigo Pedro Schlemihl, aquel hombre sin sombra que anda vagando

por el mundo con sus zapatos de siete millas, y que había conocido en el interior de la India el año anterior. Voy de prisa, me dijo, cuenta tu historia, que urge. Se la referí en breves palabras. Y me dijo: ándate á la China, que allí sufrirás bien y bastante.

Voy camino del Polo Norte, á donde sé que unos europeos tienen el proyecto de llegar en globo, y quiero que me hallen allí, en donde tengo mi habitación de verano y no se apropien del descubrimiento, que de derecho me corresponde como primer ocupante. Adiós; y dando un paso, desapareció.

¡La China! me dije; yo, entre los chinos, la raza que más odio y desprecio; yo, perdido entre aquellos celestes, egoístas, viciosos, que nos

desprecian como bárbaros; que hablan una lengua monosilábica, imposible para toda garganta cristiana? No; Schlemihl se equivoca. Entonces, á Europa, me dijo mi conciencia; y dí un paso atrás. Sea la China, dije, y me sonreí de esperanza, acordándome que era el país del opio y del hadchis.

Y me puse en camino, de regreso, pues mi intención fué el entrar en el gran Imperio por la Tartaria y perderme en el corazón de aquel mundo desconocido.

Llegué después de un viaje penosísimo. Para mayor seguridad, compré un traje de bonzo y me disfracé con él. Me hice rapar la cabeza; iba por los caminos con los pies descalzos; parecía un asceta consumido por la maceración. Rezaba

en un rosario como los que usan nuestros frailes católicos; los tártaros salían á los caminos á besarme el hábito, y me dirigían la palabra; yo les decía por señas que había hecho voto de no hablar, y me hincaba y hacía que oraba. Mis devotos me llevaban nidos de golondrinas, como el plato más exquisito de su rica cocina, y guisos sabrosísimos confeccionados con carnes de perros y de gatos, criados para el efecto, ó lomillos de hipopótamos introducidos del Nilo.

No me atrevía á mirar para lo alto, de miedo que se repitiese la visión que me arrojó de la India; pero el recuerdo real lucía como un clavo ardiente encendido noche y día, y que brillaba hasta en el sueño.

Yo lloraba y me azotaba. Los

chinos me creían un santón, y me volví un objeto de culto para los infelices amarillos. Me llevaban taeles en ofrenda, carnes, dulces que sabían á pomada y bizcochos embadurnados de emolientes. Guardaba los taeles y no comía sino lo necesario para no morir: tal era la repugnancia que me causaban aquellas comidas.

Pero yo no había llegado allí con el objeto de ser un farsante. Me repugnaba la comedia que estaba representando. Me había disfrazado porque no me matasen y para poder hallar refugio entre la raza odiada.

Poco á poco fué cediendo y minorando mi maceración. Mas el dolor siempre en su punto. Un chinito que me iba á besar la punta

de la nariz todos los días, se hizo mi amigo y no me abandonaba. Me espantaba las moscas y me limpiaba la vermina que había vuelto á aparecer más numerosa.

Estando sólo una vez, le hice seña de que se acercara, y lo hizo de rodillas, no sin antes darme el beso acostumbrado.

Como pude le dí á entender que necesitaba opio y en qué fumarlo, insinuándole que lo trajera oculto. Comprendió el rapaz en el acto; le dí unos taeles, y salió disparado fuera de mi santuario.

No sé cómo se ingenió el chinito para conseguirlo, pero al rato volvió con dos buenas pipas, que aun conservo, y buena cantidad del delicioso jugo.

Aguardé que llegase la noche pa-

ra hacer mi primer ensayo. ¡Cuán largo me pareció el día! Como la fama de mi santidad se había extendido por el Imperio, venían á visitarme hasta de las más lejanas regiones. Si hubiera querido, me habría hecho erigir un templo con las ofrendas de los fieles.

Yo me decía: si me viesen mis amigos de Guatemala, ¡cómo se indignarían contra de mí!; pero ¿qué hacer? Yo tenía que sacrificar mis instintos de hombre honrado para lograr mi objeto. ¿No había sufrido tanto? Pues era justo que aspirase siquiera al alivio; porque la pena me seguía devorando.

Llegó la noche deseada. Me encerré y echéme al suelo, reclinándome sobre unos riquísimos almohadones de la seda más preciosa que produce el Imperio.

Acerqué la lámpara, para mí más misteriosa que la de Aladino. La pipa, de palo de cereza, hueca, tenía como media vara de largo; coloqué el hongo, y en la punta del alambre, tan largo como la pipa, cogí un poco de jugo bienhechor. La acerqué á la llama, y pronto se produjo un olor que no podría describirte, pues es propio del Oriente. La estancia se llenó de un grato aroma. Yo temblaba de emoción. Cuando estuvo roja la bolita, la acerqué á la pipa y dí la primera chupada, que me produjo una comezón agradable en todo el cuerpo, como el que precede al sueño.

Volví de nuevo á la tarea y dí varios chupones más, que fueron aumentando la intensidad de la sensación. Me sentía ligero del alma y del cuerpo.

Una jocosa hilaridad se apoderó de mí, y pude reir después de cuatro años de llanto. ¡Gracias, Dios mío!

Ya no sentía el cuerpo, pero tenía conciencia de que estaba el alma despierta. Mi alma, es decir, *yo*, era una mariposa azul gigantesca, con antenas doradas y reflejos en el abdomen. Probé á volar y me encontré en el espacio.

No me elevé mucho, de miedo que me sucediera lo que á Icaro y á otros muchos fatuos de la tierra.

## XII.

### EN LAS CUATRO ARTES INTELECTUALES.

Un céfiro suave me condujo al país de la belleza. Recorrí el Asia Menor, deteniéndome sobre cada montículo y evocando recuerdos gratos á mi corazón. Evoqué el nombre de sus héroes y el de sus sabios, nuestros padres intelectuales. Visité las ruinas de sus Ciudades, que brillan en la historia con caracteres de fuego, y cuyo nombre no han olvidado los hombres, por más que la bárbara dominación turca los haya hecho desaparecer del mapa.

Fuí á Troya y, como Alejandro, consagré ofrendas sobre el sepulcro de Aquiles. Atravesé las islas y

pagué tributo de admiración á Juan, en Patmos, á Hipócrates, en Cos; á Venus, en Milo. Visité en Samos el soberbio templo de Juno; en Mitilene, conocí á Arión, el inventor de la lira, y á Terpandro, que agregó una séptima cuerda al dulce instrumento; oí cantar á Safo misma sus elegías; y á Hellénicus recitar su historia; saboreé el perfumado vino de Lesbos, del que Aristóteles gustaba tanto; en Creta visité el Laberinto; en Delos rendí culto á Diana y á Apolo, en sus respectivos templos. Bajé á la gruta de los Antíparos; fuí á donde crece el mármol de Paros, semillero de dioses; y por todas partes me regocijé en aquellos archipiélagos maravillosos, cuyas aguas resplandecientes reflejan la imagen de los verdes ribazos

llenos de viñedos, cantados por Virgilio.

Llegué al Atica, y tuve la visión de Atenas, tal cual era en tiempo de Pericles. Visité sus calles llenas de dioses de mármol, que parecían vivir la vida, bajo aquel sol purísimo. Fidias me llevó de la mano á los Propiléos. Visité la Acrópolis; fuí al Partenón á contemplar su Minerva prodigiosa, ante quien caí de hinojos abrazándome á sus pies y rogándole que me comunicase el espíritu griego y me purificase de estas ideas que inspiran á los hombres de mi siglo.

¿Qué somos los americanos? me he preguntado muchas veces.

En nuestras venas corren glóbulos de sangre de todas las razas. Por españoles, los hijos de Iberia

tanto son celtas como cartagineses, árabes como godos; y nosotros descendientes de españoles, al menos por nuestros nombres, tenemos, sin duda, también sangre de aborígenes; por manera que estamos impregnados con todas las impurezas de la tierra. Y lo mismo nos sucede con nuestras ideas, con la lengua que hablamos, con la religión que profesamos.

La buena Palas, la de los ojos verdes, puso su regia mano sobre mi frente, y, como por encanto, me sentí transformado en ateniense.

E inmenso júbilo se apoderó de mi alma Oh! sí, dije; he aquí satisfecha la única aspiración de mi vida: beber en las fuentes puras de la belleza y gozarla inefablemente. Y el griego de Esquilo fluía de mis labios en forma de verso.

Yo soy pagano, lo he sido siempre. Los dioses no han muerto. El gran Pan existe.

Y arrebatado de alegría, me lancé al Olimpo á dar gracias á los dioses.

Y tuve una nueva visión: la de Homero, que recitaba el canto IX de la Ilíada, rodeado de su corte de hemérides y de aquellos semidioses, como Píndaro, Sofócles, Esquilo y Platón, que escuchaban arrobados al prodigio. El cuadro se destacaba en una playa; el mar había acallado sus ondas, y las ondinas y las sirenas, sostenidas en los hombros de los delfines, habían acudido á la orilla al reclamo de la voz del dulce ciego. Nada faltaba allí; Aspasia, la hetaria ilustre, al lado de Elena, el ideal de la eterna belleza. Alejandro, coronado con los laure-

les del conquistador, poniendo á los pies de Aristóteles las inmensas colecciones de plantas del Asia misteriosa.

¡Visión encantadora! ¿por qué os desvanecisteis?

Busqué á Ulises, el hijo de Laertes, y repetimos la Odisea por los mares procelosos. Abordamos á la tierra en donde vivían los Cíclopes y encontramos á Polifemo rabiando por la pérdida de su ojo. Esta vez emprendimos lucha á brazo tendido con los gigantes, y quedaron todos en el suelo; por manera que la tierra nos debe de estar agradecida por haberla purgado de aquellos monstruos.

Fuimos á la isla de las Sirenas, sin taparnos los oídos con cera como una vez lo había hecho el mis-

mo Ulises al pasar frente á sus costas, y la encontramos desierta, diciéndonos una vieja que allí vive, que sus compañeras se habían esparcido por el mundo, en donde ejercen el oficio con mayor provecho.

Exploramos Scila y Caribdis, y mi venerable amigo no pudo menos de sonreirse al comprender que se había equivocado en la descripción de aquellos dos monstruos.

¿Qué importa maestro, le dije, si el verso subsiste siempre bello y es cada día más admirado?

Circe nos recibió en su palacio, bella aún y siempre amante, y al despedirnos nos dió en pequeños botes, extractos de los jugos de que se vale para transformar á los hombres en berracos. Visitamos tam-

bién los jardines del rey Alcinoo, que nos colmó de presentes, y me despedí de mi acompañante, en Itaca, después de haber conocido á Penélope y su famosa tela y haber apretado la mano á Telémaco.

Pasé á Italia y visité la Roma de Augusto. La tierra todavía estaba manchada de sangre de las víctimas de la guerra civil. Aun se oían los lamentos de la Elocuencia llorando la muerte de Cicerón. No me fué simpática la figura del sobrino de César; pero tuve el placer de conocer á Horacio y oir recitar la Eneida entera por boca misma de Virgilio.

Me trasladé á otros tiempos y á otros lugares, al esfuerzo de mi voluntad soberana; y me hallé en la Corte del Rey Sol. Después de ha-

ber visto los edificios de Atenas, ligeros y puros en sus delineamientos, y los palacios y las termas de Roma, Versalles me pareció muy mediana construcción. ¡Qué figura tan ridícula la de Luis XIV: melenudo, empolvado, perfumado, lleno de encajes y de chorreras, con largo bastón en la mano, zapatillas de damisela, ceremonioso, tonto! ¡Cuántas preciosas ridículas á su alrededor! ¡Cuántos *petit-maîtres* llenos de pomadas y de menjurges, jugando al amor en aquellos parques recortados en línea recta y atildados, como cortesanos que en día de recepción se hubiesen hecho la barba para asistir á la leveé de S. M. Cristianísima.

Pregunté por Corneille, y me dijeron que había muerto pospuesto

á Scudéry. A Molière se le negaban las puertas de la Academia de los cuarenta inmortales, por ser comediante, aunque hubiese escrito obras en nada inferiores á las de Aristófanes, y en nuestros tiempos no igualadas. Racine, que aunque cometía el anacronismo de hacer representar los héroes griegos de sus magníficas piezas con trajes de la época del Rey Sol, estaba en vísperas de caer en desgracia por haberse atrevido á decir la verdad; desgracia que el pobre cortesano pagó con la vida; pues murió de tristeza por la ingratitud del amo, que lo trataba como á un sirviente y le pasaba una pensión miserable. Tiempos de decadencia, ¿qué habría dicho Horacio, que tenía la amistad de Mecenas y la de Augusto, al ver tanta miseria?

Disgustado de la corte, me fuí con Lafontaine, quien, entre los boscajes del parque de su protector el Intendente Fouquet, me recitó sus fábulas encantadoras. Me parecía oir revolotear las abejas áticas, y los versos me producían la sensación de la miel del Himeto. No me daba cuenta de si estaba en Arcadia ó en Francia. Mucho me gustó el indolente poeta. Se ha dicho que no sabía hablar en sociedad. Hasta había leído sobre él, lo siguiente: es fácil ser un hombre de espíritu ó de talento; pero ser ambas cosas á la vez, y ésto en un grado tan superior, es ciertamente admirable y que no se ve sino en Lafontaine.

Pase que fuese olvidadizo y descuidado, ¡pero no saber hablar! Lo

que sucedía era que hablaba el lenguaje de los dioses, y sus contemporáneos no entendían sino el de la corte.

Desilusionado de aquel olimpo, me trasladé á Weimar, pequeña cortecita de un ducado alemán, todavía más pequeño.

Hallé que todos los cortesanos vestían el traje de Werther, puesto de moda por Goethe. Allí me sentí *at home*, encontrando al duque en una casa patriarcal más que un palacio, departiendo fraternalmente con su corte de poetas y de sabios. Goethe me infundió respeto. A no oirlo hablar alemán, esa lengua de las nieblas hiperbóreas, yo le habría confundido con Júpiter. ¡Qué belleza, qué serenidad, qué frente tan apolínica! Lo ví representar

una vez el papel de su Efigenia en Táurida, y tuve la ilusión de estar en la Grecia del tiempo de los Atridas. ¡Hombre maravilloso, más fuerte que el dolor, yo debí haberte tomado por maestro para curar mis penas! Pero era tarde. Ví al dulce Schiller, inspirado y dulce, enfermo ya del jugo de la uva, amigo de Júpiter olímpico; y á Juan Pablo, el de las ideas abracadantes, y á Wielland, el Voltaire alemán, cuya efigie quemaron los poetas de Göthingen, y á Herder, tan temeroso de Dios como amigo de las letras, á quien los españoles deben que se haya hecho conocer su romancero y otras piezas, á aquellos germanos de nombres no pronunciables en el lenguaje de los dioses, y al gran patriota y gran filósofo Fichte, agru-

pados alrededor del joven monarca, y por él protegidos y alentados.

Y mi corazón se puso contento, porque vi que el genio tiene su recompensa, aunque no sea más que en la pequeña corte de Weimar.

## XIII.

### LOS GRANDES POEMAS Y LAS TEOGONÍAS.

Estaba radiante y alegre. Pero me fué forzoso despertar y seguir en mi papel de santo, casi elevado á la categoría de un nuevo Boudha.

Tenía la cabeza pesada, mas el labio sonriente. Tuve que ponerme serio de nuevo, y que dar regidez á mis facciones, soportando impávido las genuflexiones de aquellos mis fanáticos, que continuaban con sus ofrendas.

Apenas llegó la noche, volví á la tarea, aumentando la cantidad de opio.

Esta vez, fueron mis visiones todas las desarrolladas en los grandes poemas y en las grandes teogonías.

Asistí, en espíritu, á aquella guerra estupenda en que dos dinastías se disputaron la posesión de los llanos de la India.

No leí jamás, en ninguna literatura, una hecatombe más grandiosa que aquella en que pinta el *Mabarabata* la ruina del partido vencido y la matanza de la familia real. Yo amaba á Hécuba, la triste viuda de Héctor, llorando sobre los muros de Troya la muerte de su esposo; amaba á Príamo, viejo héroe. audaz y orgulloso, vencedor y vengador de los suyos, arrastrándose á los pies de Aquiles y besando la mano aun ensangrentada con la sangre de su hijo é implorando perdón y misericordia á los pies del aquéo, para que le devolviese el cadáver del héroe; pero la guerra de Troya

no me produjo sino la impresión de dos familias que se combaten; mientras que la lectura del poema Indio me hizo el efecto de dos mundos que chocan entre sí, y cuyas repercusiones alcanzan á los nietos de aquellos héroes nacidos miles de años después de la espantosa catástrofe.

De la India, pasé á la Germania brumosa, la madre de todos los pueblos. Alemania es la India de Europa. Me acordé de aquella página de Víctor Hugo, el gran galo vidente, cuando después de muchas cavilaciones y de andar entre los genios, sus iguales, dice:

"En la bruma colosal en que se mueve el espíritu alemán, Isidoro de Sevilla, introduce la teología; Alberto el Grande, la escolástica;

Hraban Maur, la lingüística; Tritemo, la astrología; Ottnit, la caballería; Reuchlin, la vasta curiosidad; Tutilo, la universalidad; Estadiano, el método; Lutero, el examen; Alberto Durero, el arte; Leibnitz, la ciencia; ·Puffendorf, el derecho; Kant, la filosofía; Winckelmann, la arqueología; Herder, la estética y la erudición; Euler, el espíritu de integración; Humboldt, el genio de los descubrimientos; Neibuhr, la historia; Gottfried de Estrasburgo, la fábula; Hoffman, el sueño; Hegel, la duda; Ancillon, la obediencia; Werner, el fatalismo; Schiller, el entusiasmo; Goethe, la indiferencia, y Arminio, la libertad...." y no quise seguir al gran hombre en sus citas, porque me abrumaba.

Oh, Alemania! oh, mi patria bienhechora del espíritu! yo llegué un día á tus playas, triste y melancólico, y tú me revelastes lo que es un gran pueblo. Me abristes tu seno bienhechor y pude en él curar mis penas, y lo que es más, redimir mi espíritu, por los grandes pensamientos. ¡Salud, mi amada Alemania! dije yo mismo.

Alemania es algo extraordinario en el mundo. Tiene el mar alemán; sus héroes y leyendas, distintos de las de otras razas; su gran poema simbólico, los Nibelungos; su olimpo, la Walhalla; Ulfilas le dió la letra gótica; allí se ideó la ogiva y se elevaron las primeras catedrales góticas.

Fuí á la Walhalla, el gran templo que se encuentra entre las nubes

radiantes y que tiene quinientas ochenta puertas por donde salen y entran los héroes; allí conocí á todos los valientes que han caído muertos en defensa de su país en los campos de batalla, desde los héroes de los tiempos fabulosos, hasta Herman, Arminio y Körner, el joven poeta y soldado, muerto durante las guerras napoleónicas. Ví á las Walkirias, escanciando hidromiel, y al héroe de los Nibelungos, Sigfrido, en brazos de su esposa Krinhilda, que con la venganza espantosa que tomó de los enemigos de su esposo, en el día de la gran catástrofe del palacio de Atzel, logró de los dioses llevar á Sigfrido á la Walhalla, á donde no tenía quizá derecho á entrar el héroe de tantas hazañas, el vencedor de Brunequilda y del enano Alberico.

Y como estaba en pleno delirio, mi imaginación revoloteaba en un huracán sin fin de visiones. Tan pronto me encontraba en la Gruta de Merlín el encantador, como en la Cueva de Montesinos; ya sentado en la mesa redonda del Rey Arturo y los Caballeros de San Graal, ya con Tanhausser en las orgías de Venus-berg. Bajé á todos los infiernos conocidos. Con Ulises, evoqué las sombras de los griegos, á quienes conocí en la edad fabulosa y sagrada. Ví allí á Climenrestra, la adúltera, no más cruel que Sofía, y á Egisto, su cómplice, sufriendo martirios crueles de manos de las Euménides. Con la Sibila de Cumas bajé al Averno, y pasamos por donde otra vez lo hizo el piadoso Eneas.

Con Dante, crucé los círculos espantosos, reconociendo á todos los condenados, á quienes el poeta florentino flajela en su obra maravillosa.

Muchos millares más han caído desde entonces, y á varios de ellos reconocí por sus nombres y apellidos. Los tiranuelos de América hacen digno *pendant* á los de las repúblicas italianas.

Un célebre ministro de los nuestros, se quejaba de que en el infierno no había bastante oscuridad, y estaba muy afanado en hacer una nueva edición de su famosa ley de instrucción pública, corregida y aumentada para uso propio de los condenados.

Aquel mundo necesita un nuevo libertador, porque allí están muchos

que no deben y faltan muchos que debieran.

Salí de aquel lugar sombrío, petrificado de miedo. Satán, al verme, me había hecho una mueca espantoso y lanzado un rugido que se repercutió por todos los ámbitos del infierno, y al cual contestaron en coro los millones de desesperados que lo habitan. Ese día hubo temblor general en la tierra.

## XIV.

### EL CREPÚSCULO DE LAS DIOSAS.

Una tarde, vine en espíritu á Centro América, trayéndome la imaginación á las orillas encantadas del lago de Atitlán, que nada tienen que envidiar á los más bellos panoramas del universo.

Presa mi alma de ensueños vagos y deleitosos, oía el murmullo blando de las ondas, que al besar las arenas de la orilla producen rítmicamente un sonido que una vez escuchado, no olvida el oído: rúit, rúit, rúit, dicen las linfas, por dos ó tres veces, y callan un segundo, para volver á empezar. Diríase que las espumas se quejan de dolor al contacto de su albo seno con las arenas y guijarros de la tierra.

Comenzaba á entrar la noche, y el cristal de las aguas mansas retrataba las estrellas del cielo. La luz de la luna rielaba en la laguna. A lo lejos se oían murmullos confusos, que eran contestados por voces dulces y misteriosas. Yo estaba bajo unos sauces llorones, y me complacía, en un silencio mudo, en arrojar á las ondas, en señal de ofrenda, puñados de lirios y de nenúfares. Las flores sobrenadaban, y era de verlas, cuando empujadas por la brisa y besadas por el céfiro, pasaban bajo la luz de las estrellas, iluminarse de súbito y adquirir vida, transformándose en una cosa así como almas que vogaban y que hubiesen adoptado la forma de flores.

Los vapores del lago formaban

una nube celeste que unía á la tie-rra con el espacio. Tenía esa nube diafanidades y chisporroteos de luz. Era aquello un crepúsculo de dio-sas. Repentinamente, una maravi-llosa ilusión perturba mi espíritu. La laguna se ilumina con una llama desconocida. Temblando, me arri-mo y veo: los lirios se transforman en seres humanos, que forman como un coro de vírgenes, y entre una nube de oro, como la de la Aurora de Genido Renni, aparece un carro tirado por cisnes, llevando el con-junto más prodigioso que pudiera soñar un mortal. Son las heroí-nas del amor, del sacrificio, del pa-triotismo.

Allí va Velleda, con su segur co-mo luna; allí va Efigenia, sacrifica-da por su mismo padre en aras de

la patria; allí Juana de Arco, con su oriflama victoriosa; las doncellas enloquecidas del amor: Ofelia, Lucía de Lamenmoor; allí las castas vírgenes: "María," de Isaac, y la incógnita niña del "Idilio," de Núñez de Arce; allí Mignon, Federico y Lilí, y aun la inocente pecadora Margarita.

Ellas pasaron camino del Empíreo, y yo me quedé extático y arrobado ante aquel conjunto maravilloso de tanta perfección.

## XV.

METENSÍPCOSIS. — ME TRANSFORMO EN ÁRBOL. — MI NACIMIENTO Y DESARROLLO. — GOCES Y DOLORES. — MUERO DE NUEVO.

Uno de los estados más extraños de mi ánimo, fué por el tiempo en que tuve el convencimiento de que había muerto y sufrido una transformación singular.

Delirios son estos de un cerebro enfermo, que no presento como creencia particular sobre el destino futuro del alma.

Morí para el mundo y me enterraron en un bosque. La tierra negra me abrazó cariñosa, y quedé descansando, al fin, en aquella sepultura ignorada. Sentía todos los misterios de la descomposición de

mi cuerpo. Los gusanos, aquellos mis amigos de la India, prosiguieron su obra, pero más profunda y desvastadora. Me fué revelado el secreto del idioma de los insectos, y oía sus pláticas. Decían que encontraban muy amarga mi carne, cosa que no les sucedía con otras que en su vida habían saboreado. Y yo me avergonzaba de mí mismo, por no poder, siquiera, proporcionar con mis despojos un opíparo banquete á aquellos animalitos que me estaban destruyendo.

Los pobres murieron envenenados, y la química completó la obra que no pudieron llevar á cabo los seres organizados.

No quedó de mí sino un montón de cenizas *(cinere)* rica en sustancias azoadas, mas no desprovistas

de sensibilidad ni de inteligencia. Sentí una mañana que una cosa había repercutido en la tierra, como si alguien tocara sobre mi sepulcro para despertarme. Era la semilla de un boadad vecino que se había desprendido de lo alto. Poco á poco fué introduciéndose en las entrañas de la Isis, y nos dimos á un trabajo agradable, nuevo para mí y misterioso.

El agua, la electricidad y el calor fueron ablandando la cubierta de la semilla, y presencié el nacimiento de un nuevo sér, y por una fuerza desconocida me incorporé en él, hallándome desde ese momento transformado en vegetal.

Largo fué mi desarrollo, y me costó no poco trabajo llegar á la superficie de la tierra; al fin lo con-

seguí, y una mañana, á la hora de la aurora, logré de nuevo ver la luz de los cielos, á la que saludé cantando con trinos triunfales.

Mi crecimiento fué tardío, mas me fuí desarrollando robusto y firme como mi padre. Extraña era aquella mi nueva vida. Con los pies aprisionados en la tierra, no me quedaban movimientos; mas sin embargo, eso no me molestaba; al contrario, sentía placer, porque por mis innumerables radículas me mantenía absorbiendo á boca llena los deliciosos jugos, que tienen perfume y sabor delicioso, un perfume de que los hombres no pueden formarse sino una idea incompleta, si recuerdan aquel olor que en abril se desprende de la misma tierra á la caída de las lluvias tempraneras.

Como estaba cubierto de hermosas y numerosas hojas, absorbía á pulmones llenos el aire, aprovechándome del carbono y exhalando oxígeno con fruición. Ese fué mi único goce por muchos años. No tenía conciencia de mi vida anterior, ni ideas, ni recuerdos, ni esperanzas; todo se reducía á una vida completamente orgánica.

Dolores, si tenía algunos. Siendo joven, como de cincuenta años, robusto y hercúleo, se enamoraron de mí unas lianas, que poco á poco fueron enroscándose sobre mi cuerpo, y cuyos abrazos me mataban. Hoy que recuerdo aquello, puedo comparar la sensación que tales caricias me producían, á las que Lacaoon y sus hijos deben haber sentido cuando las serpientes de Tene-

dos fueron á ahogarlos entre sus anillos. Además de esos dolores, los sentía y muy agudos, con los innumerables piquetes de todo un mundo de insectos que vivían sobre mí y oradaban á todas horas mi epidermis sensible. Y llegó un día en que me vestí de flores. Por todos lados de mis ramas surgieron éstas, y aquello fué el pan–misterio. Más dichosos los vegetales que los animales, tienen el placer de la fecundación sin los dolores del alumbramiento. Ellos no tienen la necesidad del trabajo para el alimento, pues la naturaleza se los da ya preparado; y tienen un papel en la economía de la vida terrestre de tal modo importante, que el día en que, por una catástrofe, se destruyese el reino á que pertenecen, al

siguiente el reino animal dejaría de existir.

En cuanto á mí, tuve conciencia de haber vivido siglos, hasta la hora en que una tormenta puso fin á mis días, no quedando de mí en el bosque, sino el desnudo esqueleto de un boadad gigantesco calcinado por el rayo.

## XVI.

### LOS ALQUIMISTAS, LAS BRUJAS, LA MISA NEGRA, EL DIABLO.

Te hago gracia del relato de mis otras excursiones imaginarias, por que temo cansarte. Pero no dejaré de referirte mi visita á dos grupos de seres que viven en la historia envueltos entre la niebla de la leyenda y sobre cuyas obras el mundo no ha dicho la última palabra.

En un lugar misterioso y sombrío, que no podría precisar donde está situado, encontré reunido como un centenar de hombres pálidos, flacos, calvos, rodeados de libros y de retortas. Tenían toda la apariencia de sabios ocupados en el estudio del gran misterio. Eran los alquimistas, nuestros padres espiri-

tuales en esa gran familia de la ciencia.

¡Qué conjunto aquel, de hombres, tan exótico; qué diversidad de trajes y de nacionalidades! Sin embargo, se entendían perfectamente, pues hablaban el lenguaje sólo conocido por los iniciados de "La Gran Obra."

Allí había caldeos, egipcios, árabes, indios, alemanes. Allí estaba el papa Gerberto al lado de Averroes; el fraile franciscano Rogerio Bacon, departía amistosamente con Paracelso; Raimundo Lulio y Arnaldo de Villanova, aunque españoles, oían embebidos las lecciones de su maestro Al Geber, árabe andaluz. Don Enrique de Villena estaba rodeado de judíos, viendo si por fin podía dar vida y espíritu al

*hormúnculos.* Yo que me pico de conocer algo de la materia, y que he traveseado con matrices y crisoles, me acerqué curioso y pronuncié la palabra misteriosa de los adeptos: en el acto se volvieron á mí los maestros, y me hicieron avanzar. Les dije que llegaba de la tierra, y en el acto me molieron á pre guntas, que yo contesté como mejor supe.

—Mucho hemos sufrido, me dijo el que llevaba la palabra. La iglesia nos persiguió, el mundo nos llamó locos, los hombres de saber nos han negado toda ciencia, hasta hace poco, concediéndonos, cuando más, conocimientos empíricos. Muchos hubo en la tierra que supieran menos que nosotros, y, sin embargo, gozan en la historia, de reputación de doctos.

Del Renacimiento á la fecha, ¡cuántas teorías y cuántos errores!

El flogístico, el vitalismo, la doctrina de Mesmer, la generación espontánea, la curación de los lamparones por los reyes de Francia, la subdivisión de los cuerpos, tomando por diversas sustancias las que no son sino estados alotrópicos de un mismo simple, las teorías del calórico, del éter y del flogístico.

Hipótesis, y sólo hipótesis.... Y en verdad que mientras estas últimas han caído en descrédito, las nuestras tienden á restablecerse sobre bases científicas inconmovibles.

Dijimos que podían hacerse piedras preciosas artificiales, y no nos creyeron; y, sin embargo, Fremy nos ha dado la raya con sus dia-

mantes y rubíes. Y así la alcanzaremos en el porvenir, cuando llegue á descubrirse las leyes de la transmutación de la materia. Berthelot es el profeta de la ciencia regenerada, que resucita triunfante y avasalladora.

—Estarán tocados todavía? me pregunté. Que juzgue el mundo y lo diga el porvenir.

Oí cerca, ruidos desacompasados y gritos de mujeres locas, y fuí á ver qué los causaban. Eran las brujas que estaban en orgía, desgreñadas, poseídas del demonio, ahullando. Allí estaban las horribles viejas del Macbeth; allí la Celestina; allí las Traquíneas, las Far maceutrias, y las Manteías, dotadas de doble vista, cuyo tipo ideal es Casandra, figura hermosa levantada

entre el cielo y la tierra. Allí Hécate, negra de la sanguasa de los sepulcros profanados, y Medea, y mil viejas montadas en palos de escobas; en universal confusión, los tipos clásicos, con los sombríos y repugnantes de la Edad Media.

Al verme á mí, mortal, ahullaron más y más furiosas. En poco estuvo que no me devoraran. Pedíles piedad, y más se enfurecieron.—¿La tuvieron acaso con nosotras en la tierra? gritaron mil voces á la vez. ¿La tuvo Sprenger, aquel dominicano feroz, que él sólo se jacta de haber achicharrado más de cinco mil de nosotras en su hoguera inquisitorial? En Treveris perecimos siete mil; quinientas en Génova, en el espacio de tres meses; ochocientas en Wurtzburg, en

una sola calderada; mil quinientas en Bamberg...

—Yo nada tenía que responder á aquellas justas acusaciones. Me contenté con decirlas que no son ellas las únicas víctimas de las preocupaciones de los hombres; que, aun en nuestros tiempos de tolerancia y de luces, muchos hay que llevamos el anatema sobre la frente, porque queremos reivindicar su memoria, ó porque avanzando un poco á nuestro siglo, predicamos la doctrina de la emancipación del espíritu fuera de toda preocupación teológica y metafísica, que tan fatal ha sido para la humanidad.

Eso las calmó un poco, y me dejaron que me mezclase en su *Aquelarre*.

Pero ¿qué os pasa? les pregunté;

¿qué motiva esta algazara demoniaca?

—Es que aguardamos al príncipe de las tinieblas, me dijeron: estamos en la noche del *Sabbat* y vamos á celebrar la *Misa negra*. Satán se acerca.

Y efectivamente se sentía trepidar la tierra. Surgían de los antros y de las madrigueras nubes cargadas de humo de azufre y con el vientre repletas de tinieblas. Se sentían como desperezos de muertos y bocanadas de sepulcros: ahullidos que helaban la sangre; se veían relámpagos fosfóricos que cruzaban el espacio, para iluminar aquella intensa negrura, tan sombría como la nada.

Los ojos de las brujas parecían hogueras infernales, en que se re-

torcían mil dragones y serpientes en lucha de odios endemoniados.

Y Satán se aproximaba más. Una banda monstruosa de esqueletos se puso á tocar una marcha, que hizo que los cabellos míos se herizasen y cayesen muertos de miedo, de mi cabeza encanecida en un momento. Con huesos de tibias de muerto, habían hecho aquellos seres perdidos en la sombra, unas especies de flautas que daban sonidos estridentes; los cráneos servían como de atambores; y alaridos de condenados acompañaban á aquella música espeluznante.

Llegó Satán, y reinó un silencio más negro que la misma oscuridad; y el gran misterio se cumplió....

Yo me retiré callado, mudo, sombrío, espantado. Jamás me imaginé música tan pavorosa y sombría.

Permanecí como seis meses abismado en aquella sombría visión.

## XVII.

### EN LOS ESPACIOS Y EN EL FONDO DE LA TIERRA DE LOS GEÓLOGOS.

Otro día me vino el delirio por creerme que era yo un sol brillante, pero que me consumía al dar luz, sufriendo penas inexplicables.

Vagaba, vagaba en el espacio, sin órbita determinada, atropellando mundos que á mi contacto se evaporaban, produciendo colosales incendios.

Mi carrera había durado millones de años, con una velocidad vertiginosa, imposible de describirla con números.

Yo tenía ojos del tamaño del sol cada uno, que me hacían sondear el espacio sin límites, y ante ellos, atónitos, aparecían, se acercaban, pasa-

ban enjambres de nebulosas, miriadas de constelaciones de mil modos coloreadas.

Aquello era un fuego de artificio colosal y maravilloso. No los siete que los hombres conocemos, sino centenares de colores iluminaban los mundos. ¡Pobres ciegos que somos! Las moscas deben ser más dichosas que nosotros en ese punto, y ¡quién sabe si en los demás! con sus ojos de tantas facetas en que brilla el iris. Mi excursión duró una eternidad, y apenas si columbré un pequeño rincón del infinito; cuando me faltó fuerza, sentí que comenzaba el descenso vertiginoso también. No sé cómo tuve fuerzas para soportar aún el delirio de aquella sensación vaga y extraña; sentía que me abismaba,

perdiendo masa y aligerándome de peso; que de sol pasaba á estrella, de estrella á planeta, de planeta á satélite, de satélite á bólido, logrando así llegar á la tierra sin causar daño ni sufrirlo yo tampoco.

Al sentir el contacto de la tierra, me convertí otra vez en hombre, y empujado por fuerza misteriosa, caí hasta el fondo de ella y pude sondear sus entrañas.

Existe, efectivamente, el fuego central. Semeja un océano de metales fundidos á una temperatura altísima, en el que navegan los avaros y codiciosos de todas las razas, que pescan tesoros sin saciarse jamás. Yo los contemplé desde la orilla, compadeciéndolos.

Atravesé Saharas con arenas de oro y guijarros de esmeraldas y de rubíes.

La plata se desprecia allí como broza; en cambio el tungsteno, el rubidio, el platino y el oro son muy apreciados Allá adentro se ve la superficie al revés, como un espejo cóncavo, en la cual los picos de los volcanes y las cordilleras formaran estaláctitas de fuego. Millones de gnomos empujan para arriba á las cordilleras y los volcanes que amenazan desplomarse sobre ellos. Su trabajo debe de ser muy fatigoso, pues por cada siglo apenas consiguen elevar unos cuantos milímetros las colosales masas de los volcanes; efecto que ya conocíamos los hombres, al exterior, pero que no habíamos logrado explicar.

Ví á multitud de koboldos diabólicos, poner en comunicación á los volcanes, por medio de troneras que

semejan infiernos, y atizar, de cuando en cuando, el fuego; lo que se traduce en la tierra por terremotos.

Cuando esos demonios logran arruinar una comarca ó una ciudad, ¡cómo se ríen de gusto! Yo me había fijado que á los terremotos, preceden ó siguen ciertos ruidos subterraneos; y entonces me expliqué que son los ecos cavernosos de la alegría de aquellos endríagos odiosos.

La vista de tales seres me causó repugnancia, me escapé por una grieta y me encontré una vez en Tartaria.

## XVIII.

### EN EL PAÍS DE LAS HADAS.

Sentía que mi espíritu se iba extraviando poco á poco y que iba perdiendo la razón. Se había apoderado de mí un temblor nervioso que no podía contener.

Vivía en un mundo intermedio entre la razón y la locura. Me creía yo mismo un fantasma; y cuando el eco de mi voz resonaba en aquel mundo, temblaba de espanto, porque eso sólo hacía que surgiera la visión maldita.

¡ Ah ! cuántas veces resonó el nombre de Sofía en aquellos páramos de la Tartaria; ¡ cuántas veces, patria mía, mi querida Guatemala, invoqué tu dulce recuerdo en aquel mundo solitario!

Todos los sueños de mis noches pasadas los atribuía á que, apesar de haberme engolfado últimamente en la lectura de los libros de los filósofos indios y los moralistas chinos, no era posible que olvidase el alimento espiritual de mi juventud, los libros que leímos juntos, amigo mío, y que causaron mi deleite. ¿No es verdad que nuestra mente es un vasto escenario en donde viven y se mueven los seres creados por la fantasía del genio? Mientras más leemos, más se aumenta la claridad de nuestro espíritu y más son los consoladores que buscan nido en nuestras almas.

Los hombres tenemos el rostro vuelto á dos mundos. Con los ojos de la cara vemos hacia afuera, y la tierra nos parece un cementerio y los hombres espectros ambulantes.

Con los ojos del alma, miramos el infinito. Allí contemplo á Homero y las homeriadas: allí á Venus palpitante y á Apolo bello. Allí á Cervantes, que me sonrie; á Dante, que truena; á Hugo, que piensa; á Spinoza, que medita. Campos inmensos y fecundos donde todo es dicha pura é intelectual.

Oh! qué dicha es mirar para adentro y sondear las claridades de nuestro espíritu. ¡Cómo compadezco á los que no saben leer, y, más aún, á los que sabiéndolo no lo hacen!

Mas llegado al estado de alucinado que me había producido el opio y el hadchis, de que también hacía uso, caí en la extraña manía de visitar el país de las hadas.

Recordarás el deleite con que

juntos leímos "El sueño de una noche de verano," de Shakespeare, y los cuentos de Perrault y el Gran Poema de Orlando el Furioso, con Merlín el Encantador y todas las locuras del pobre Arlequín.

Tomé, una noche, una dosis más fuerte de hadchis que de ordinario, é invoqué á Puck, el buen muchacho, nuestro amigo.

El travieso duende se apareció en el acto. Puck, le dije, necesito esta misma noche ir al país de las hadas, que sé que está en la India, pero cuyo camino no conozco; tú eres mi amigo y me podrás conducir allá. Mas júrame antes que no me jugarás ninguna mala pasada.—Quédese el juramento para los mortales, dijo el enanito; yo no juro; mas fía en mí, que aunque no lo hago, no te engañaré.

—Puck es muchachuelo capaz de dar la vuelta al mundo en cuarenta minutos; mas me propuso que fuésemos despacio, divirtiéndonos por el camino, á costa de los hombres. Convenido, le dije, y en marcha, que según creo, tenemos que andar largo.

Conservaba el travieso muchacho restos del jugo de aquella planta que los poetas llaman "amor desconsolado," y el cual tiene la propiedad de que vertido entre los párpados dormidos, hace que el hombre ó la mujer se enamoren perdidamente de la primera criatura que vean al despertar.

¡Qué de diabluras hizo el chicuelo en el camino, con la maldita droga! Cómo nos divertimos al ver á los viejos chochos muertos de

amores, ante la sirena á la moda, ó la comedianta, que esprime las bolsas de los pobres diablos enamorados.

Vimos á niñas bellísimas, embelesadas ante mozalbetes pasajeramente hermosos, pero tontos como asnos, y que relinchaban en vez de hablar.

Vimos á Adonis, que al despertar se habían visto ellos mismos en el espejo. ¡Cómo se adoraban, cómo se llenaban de polvos y perfumaban! Y luego, cuando salían á la calle, cómo se pavoneaban, mirando al soslayo á todas las vitrinas, riéndose llenos de satisfacción interior, diciendo al pasar ante las muchachas: aquí voy yo, abridme paso y contempladme.

Y nosotros, escondidos, nos des-

ternillábamos de risa. ¡Oh, cómo me recordaban esas escenas mis buenos tiempos! ¡Cuánto nos reímos mi amigo y yo, de esas *petite maitres!*

Otras veces Puck se ponía á rebuznar como una potranca, con tal perfección, que los muchachos de que hablo volvían instintivamente la cabeza.

Cuando entraba la noche, nos metíamos por los bosques; y se complacía en jugar con los viajeros, extraviándolos del camino, lo que estuvo á punto de costarnos caro, pues uno de ellos, que no gustaba de bromas, se dió á perseguirnos, y de seguro nos hubiera dado caza, si no nos hubiésemos escondido en el cáliz de una bellota.

Llegamos á Alemania. ¡Cuántas

perrerías hizo mi divertido acompañante! Nada ha olvidado de lo que sabía en los tiempos en que lo conoció Shakespeare.

Se ingeniaba para hacer que no echase espuma la cerveza, lo que daba á los diablos á los buenos bávaros; cortaba la leche, se metía á casa de los aldeanos, se acurrucaba y tomaba forma de un trípode, y cuando la mujer iba á sentarse, se escurría, produciéndole batacazos que causaban la hilaridad de la familia.

A mí me parecían de muy mal efecto aquellas chanzonetas; pero ¿qué hacer?: cuando el mismo Oberón se divertía con ellas, no había de ser yo, simple mortal, el que se las criticase.

Por fin, nos encaminamos al lu-

gar de nuestro destino. Cesó toda vegetación, y reinaron el silencio y la noche. Yo no veía nada: un temblor sagrado se apoderó de mí. Iba disfrazado de koboldo, para poder tener acceso en aquel mundo misterioso. Después de mucho andar, clareó la luna en aquel mundo. Poco á poco fueron surgiendo figuras extrañas como yo no las había visto antes.

Los sátiros y los silvanos se escondían en los montes al escuchar nuestros pasos. Las ondinas salían á la orilla de los ríos, vaporosas y aéreas como exhalaciones, pero bellas sobre toda comparación. No les hagais caso, me decía Puck, son seres sin alma que arrastran al fondo de los ríos á los mortales, á donde los destrozan sin piedad.

Y más allá, los elfos y las korriganas bailando al rededor de los dólmenes druidas y los trolls, con las misses; y los stromkarls con las brownis, bailando al són de una música deleitosa. ¡Oh, paisajes feéricos! ¡oh, dulce calma!

Seres misteriosos, ¿por qué habéis huído de la tierra? Vosotros constituíais la ilusión de los niños; vosotros erais el alma alada de los poetas; vosotros la misma poesía, en aquel mundo áspero y abrupto.

El camino estaba sembrado de flores: las fuentes y los arroyuelos, al murmurar, exhalaban perfumes sutiles que me hacían adquirir la conciencia de que me había convertido en un sér transparente y etéreo.

Al llegar á lo alto de una colina,

descubrimos un palacio, ceñido de torres almenadas, con arabescos de oro, y coronado por una cúpula inmensa, formada por un solo ópalo que quebraba la luz de un modo que parecía que en su interior estaba hirviendo el mismo iris.

Hemos llegado, dijo mi acompañante: allí viven la reina Mab y su esposo Oberón.

Caminamos más, y comenzamos á descubrir legiones de enanos, vestidos de tela de araña, con morriones hechos de un solo rubí y petos formados con alas de escarabajos; por armas llevaban antenas de articulados, y aquello, efectivamente, era un ejército temible. Los zancudos estaban vestidos á la gran tenu, y nos ensordecieron con su malvado silbido, al traspasar los límites de aquel lugar sagrado.

Dimos la palabra de pase, y nos dejaron seguir. Más adelante había una escuadra de koboldos y de gnomos borrachos, por haber librado mucho rocío, cogido de las campánulas.

Por fin llegamos á la puerta, guardada por dos de los cícoples, con su ojo como soles. Reconocieron á Puck, que según veía, era favorito en aquellas tierras, y nos dejaron entrar.

¡Cómo describiré aquel espectáculo maravilloso! ¿En dónde hallar colores para prestarlos á la frase, ni palabras para describir aquellas impresiones?

Allí estaba Titania, chiquitilla, refulgente y bellísima, reconciliada ya con Oberón.

Allí Melusina, la protectora de la

casa de Lucignan; allí Viviana, la amiga de Lancelot del lago y toda la corte de las hadas, y las ninfas y las dríadas, amigas de los hombres.

Cuando pude fijarme, después del primer deslumbre, ví que el palacio aéreo estaba dividido en muchos salones, quedando el de las fiestas en medio, de donde se destacaban aéras columnas de oro que sostenían la cúpula colosal. Las paredes eran de piedras preciosas.

La iluminación daba, á esa hora, reflejos sonrosados y hacía resaltar la alegría en aquellos rostros encantadores, Titania me recibió con bondad. Sabía, sin duda, mi historia, y me tenía compasión. Pronto me sentí como en casa. Curioso, demandé en dónde estaba el foco de

luz que producía aquel prodigio de iluminación, y me señalaron multitud de seres, que al batir las alas sobre el éter, hacían surgir la luz radiante que producía el efecto de una eterna aurora.

La fiesta, un momento interrumpida, continuó en toda su fuerza. Salió un enjambre de ninfas vaporosas, vestidas con hojas aterciopeladas de velloritas y pétalos de rosas, todas salpicadas de piedras preciosas, que brillaban y dejaban emanar perfumes del paraíso, pues son como ánforas que guardan la quinta esencia de los perfumes que sólo se destilan en aquellos bosques.

Terminado el baile, aparecieron á la escena las dríadas, caprichosas y pequeñas criaturas que se alimen-

tan de lirios y de jazmines, y las sirenas, llevando arpas, laúdes y liras. Entonaron las sirenas sus instrumentos, y las dríadas empezaron á recitar, en dulcísima melopea, baladas tiernas del Rhin, leyendas y tradiciones sentidas de amores desgraciados de la tierra. entre castellanas y trovadores. ¡Oh Goethe, oh, Schiller, oh, Bürger!

¡Minnesingers, que me enseñasteis á amar! ¡Trovadores provenzales, que prestasteis nota á mi alma para entonar mi primera canción de juventud, cuán feliz fuí al oir vuestras estrofas en boca de aquellas celestes criaturas!

Después hubo representación teatral por una compañía de duendes maliciosos y silvanos de las montañas. Había callado la música; pero

decían aquellos seres gracias tan peregrinas, que yo gozaba celebrándolos con la sonrisa de los dioses.

¡Qué placer el de la risa! La risa es chispa divina que sólo los escogidos saben encender en el pecho de los mortales.

En el mundo no he conocido sino dos que poseyesen ese divino secreto: Cervantes y Rabelais.

Siguióse á esa una música de ángeles. ¡Cuánto siento no haber podido conservar en la memoria siquiera una de aquellas melodías!

Eran de la clase de las que Orfeo entonaba para aplacar á las fieras. Si fuese posible oirlas otra vez en la tierra, los hombres dejarían de ser malos, y el dolor moriría para siempre en sus corazones.

Los dos dones mayores que hizo

Dios á los hombres, fueron el sol y la música.

El sol que da la luz, y la música que dá la armonía.

El próximo libertador de la especie, será un músico. El mayor hombre que ha producido la tierra, es Beethoven.

Y llegó el refrigerio, frugal, pero delicioso: néctar, ambrosía, miel de abejas del Atica, servidas en pétalos de flor, vinos generosos en copas talladas en esmeraldas y topacios de una sola pieza; y por último, un elíxir que produjo el sueño.

Al otro día, al despertar, me encontré de nuevo en la Tartaria.

## XIX.

### REACCIÓN.

Pero aquello no podía continuar así; yo no quería que continuara.

Verdad es que había logrado acallar mi pasión; que por medio de las drogas benéficas logré, en mis ensueños, visiones paradisiacas; mas no era eso el fin de mis aspiraciones.

Yo quería olvidar, por la filosofía, y que quedase el alma en paz. Quería borrar de mi memoria aquella página dolorosa y seguir siendo lo que había sido.

¿Qué, el dolor es eterno? ¿No tenía ya el derecho de sentarme en el banquete de la vida y seguir participando de la parte de felicida-

des y dolores que caben al hombre en la existencia?

La virtud consiste en dominar las pasiones; y yo no podía acallar á la que me estaba devorando.

¡Pero si lo que tú tienes no es pasión, es dolor, me decía la conciencia! E interrogaba al corazón . . y éste quedaba mudo. ¿Amaba aún, por desventura? Yo mismo no podía afirmarlo.

Cinco años habían pasado, y me encontraba como en el primer día. Pedí un espejo, y ¡oh, espanto! no me conocí á mí mismo, sucediéndome lo que á tí, el día en que nos encontramos.

Mis cabellos habían encanecido. Yo, que nunca me dejé crecer la barba, porque no hay nada que más me repugne en sociedad que un

hombre barbudo, noté que la mía había brotado, salvaje, hirsuta, gris, llena de tierra; mis pómulos estaban hinchados, y la piel transparente, dejaba ver las venillas por donde circulaba una sangre sin hierro y sin vida: en el fondo de dos cavernas brillaban dos ojos sombríos. Me palpé con los dedos; cogíme la cabeza entre las manos; abrí y cerré los ojos apresuradamente, y dije: Sí, yo soy; volví la vista al rededor, y me encontré en una especie de templo búhdico, rodeado de chinos; todo lo comprendí en seguida, y agaché la cabeza cayendo en un silencio que duró una semana.

Al cabo de ella, ya era otro hombre. Revelé mi secreto; dije quién era, y me entregué en brazos de mi

fortuna. ¿Qué me puede pasar, me dije; que me martiricen; que me quemen á fuego lento las plantas de los pies y atraviesen todo mi cuerpo con agujas; que me vacíen los ojos ó me corten la lengua, y, después de todo esto, que me maten?

En todo caso, bien merecido lo tengo por mi impostura. ¡Venga la muerte!

Afortunadamente, aquellos hombres tuvieron compasión de mí, y me llevaron á un colegio de bonzos á hacer penitencia.

## XX.

EN UN CONVENTO DE BONZOS.—LOS FILÓSOFOS CHINOS.— LOS LIBROS BUDHISTAS. — EL NIRWANA.

Habitan los monjes budhistas en mujestuosos monasterios, y están organizados de una manera muy parecida á la de las órdenes religiosas de Occidente. Hacen ellos los votos de castidad, pobreza y obediencia, y hay que confesar que son unas gentes descaradas, pues el voto no se reduce más que á palabras, y lo infringen á sabiendas de todos. ¡Oh, cuántos misterios y cuántos secretos no se ocultan tras las paredes de aquellos edificios!

El monasterio que me tocó habitar, estaba compuesto de templos suntuosos, muy visitados por los

fieles, y rodeado de parques y de jardines llenos de riachuelos murmuradores.

Me dieron una celda estrecha y sucia, inundada de malos bichos; mas como yo no buscaba mis comodidades, pronto me acostumbré á ella. Allí habría podido, quizá, ser feliz, si la felicidad no hubiese huído para mí de la tierra. Mi aspecto de sufrimiento, mi humildad, el aniquilamiento de voluntad que me hacía un sér completamente pasivo, todo eso me conquistó la benevolencia de aquellas gentes.

Estaba sediento de beber en las fuentes de los moralistas chinos. Había oído hablar de Khoung–Fou–Tsen (el Confucio de los occidentales), como *del más grande institutor del género humano que los si-*

*glos hayan producido*, entusiasmo de que participan en común los misioneros cristianos con los hijos del Imperio florido.

Y efectivamente, aquel hombre admirable cumplió su misión como ningún otro filósofo de la antigüedad clásica. Es Sócrates y Platón al mismo tiempo; Sócrates, por sus bellísimas máximas, por la sencillez de su doctrina, por su vida simple y pura, por la tendencia de su doctrina, que era la *tendencia constante del mejoramiento de sí mismo y el de los otros hombres*; pero un Sócrates sin preocupaciones, que el esposo de Xantipa tuvo la debilidad de inmolar un gallo á Esculapio al tiempo de su muerte; y es Platón al mismo tiempo, porque de su mano escribió sus obras en un estilo claro, que se conservan como modelo de perfección.

Otro de los filósofos que está considerado entre los clásicos de su nación, es Khoun Tsen, discípulo y admirador del primero, por quien profesaba la más alta admiración. Su estilo es vivo y petulante, mas su doctrina está llena de sabiduría.

Ellos han ejercido una influencia duradera y poderosa en aquel vasto imperio, conciliándose el amor de más de cuatrocientos millones de habitantes, que ño ha disminuido desde hace dos mil años. Con razón un autor dice de ellos, que deben ocupar uno de los primeros rangos entre los primeros genios que han iluminado á la humanidad y la han guiado en el camino de la civilización.

Sus doctrinas son eminentemente sociales. Ellos se anticiparon á la

democracia moderna en dos mil años. He aquí algunas de sus máximas:

"Hay una comunicación íntima entre el cielo y el pueblo; que aquellos, pues, que gobiernan á los pueblos, sean atentos y reservados."

"Obtén la afección del pueblo, y obtendrás el Imperio."

"Pierde la afección del pueblo, y perderás el Imperio."

Y así como esas, hay multitud de máximas en los libros chinos. Jamás se vió en aquella raza un escritor venal, que tuviese la impiedad de hacerse el apóstol de la tiranía y negase sus derechos á los hombres, reivindicándoles con provecho de uno solo. Maquiavelo habría sido lapidado en China.

Pero no era precisamente el mé-

todo de gobernar á los hombres lo que yo buscaba. No fuí nunca político ni tuve inclinación á esa diosa, cuyas veleidades me eran conocidas.

Cuando no podía gobernar mi propio corazón, comprenderás que no era de gran interés el saber cómo subyugar á los demás. Por eso, aun cuando no dejé de admirar á aquellos sabios, los hice á un lado y me dí al estudio del budhismo.

Mas aquello es un verdadero trabajo de titanes. No hay en Occidente ni aun idea de la inmensa cantidad de libros que ha producido la casuística Oriental. Tienen fama entre nosotros los Benedictinos y los Bolandistas, de haber sido asiduos trabajadores; pero se quedan muy atrás.

Se cuentan más de ochocientos mil volúmenes de exégesis y comentarios. Hay algunos de ellos, tan largos, que contienen letanías tan cansadas y tan monótonas, que no alcanzaría la vida de un hombre para leerlas.

El Kandjour, es una especie de Summa de la religión de Budha, y está compuesta de 108 volúmenes, que no pueden ser conducidos de un lado á otro, sino en el dorso de un camello.

Voltaire, que se consagró un año entero á la lectura de los Padres de la Iglesia, dijo al cabo de ese trabajo fatigante: *¡ya me las pagarán!* Y se las pagaron, efectivamente.

Yo no podía decir otro tanto á los budhistas. Mi curiosidad no les era adversa. *Sicut tabula rasa*, es-

taba mi inteligencia para sus doctrinas, y no pedía á aquellos maestros sino que me iluminasen, dándome la luz que me faltaba.

¡Luz, fuerza, olvido! ¿qué otra cosa se puede pedir á la filosofía?

Omito entrar en detalles sobre las ideas cosmogónicas de los indios, pues en esto disvarían tanto como sus hermanos los hebreos, sólo que dan al mundo millones de años de existencia. Ya sabes tú, que en materias de esa clase, busqué siempre la verdad en la ciencia experimental, y que consideré lo que las teologías nos dicen sobre el asunto, como sueños y delirios de los videntes asiáticos, de donde nos vienen todas las religiones.

Me enseñaron aquellos libros el amor más puro á todo lo que exis

te. Me abstuve de toda carne y no me alimenté más que de yerbas; caminé suavemente, por temor de no dar muerte á algún animalillo viviente con mis pies; no bebí sino agua filtrada, y en fin, puse cuidado especial en no ser la causa destructora de ningún sér, por pequeño y miserable que fuese.

Embargué mi alma en el amor de todo lo creado, y me dejé caer en brazos del gran Pan. Mas al fin de todo ésto, había una doctrina aterradora que me desconsolaba horriblemente, y era la de la metensípcosis, ó sea la transmigración de las almas de unos seres á otros, con la herencia del mal y del dolor, y ésto al través de centenares de kalpas.

El mismo Sakia-Munic, aquel

sér admirable, cuya caridad y belleza de alma no ha tenido igual entre los hombres, estuvo sujeto á esa ley fatal.

Refiérese de él, que estando un día entre sus discípulos, se le acercó una vieja desgreñada y repugnante que lo llenó de insultos. El budha no se inmutó, y oyó tranquilo á aquella arpía desbocada, sin causarle daño.

Cuando la furia se cansó de insultarlo, dijo el maestro á sus discípulos: No os extrañe la conducta de esta mujer. Hace mil años, vivíamos ambos ya en la tierra.

Había entonces un hombre disipado que convidó á una bayadera á irse á divertir al bosque, en donde pasaron la mañana en brazos uno del otro. Cerca de allí se en-

contraba el albergue de un penitente, que á mediodía se encaminó á la ciudad á mendigar sustento. Cuando el santo varón se ausentó, el hombre malo dió muerte á su compañera de orgía y de placer, enterrándola en el albergue del anacoreta. Pronto se extendió la noticia del crimen, y las malicias recayeron sobre el budha, en cuyo solar se encontró el cadáver. El santo hombre fué condenado á ser quemado vivo; mas el asesino, compadecido de él y lleno de remordimientos, confesó su falta y recibió el castigo merecido.

El asesino fuí yo, dijo Sakia y mi víctima esa mujer, que después de mil años no me ha perdonado.

—Ya ves, pues, que aquella es una doctrina espantosa: la del sufri-

miento sin término y sin recompensa.

Porque, ¿qué recompensa es esa que aquellas imaginaciones fantásticas entreven en la bruma, en brazos del Nirwana?

El Nirwana, ó sea el vacío, el anonadamiento, la palabra mágica y el ideal lleno de promesas seductoras, para todo budhista creyente?

Entonces me acordé de aquellas palabras de Hugh Conway, en su obra *Misterio:*

¡Tiniebla, la eterna tiniebla!

¡Mejor las llamas del infierno que la oscuridad eterna!

## XXI.

DESILUSIÓN. — REFLEXIONES. — LA GUERRA CIVIL EN EL IMPERIO FLORIDO.—ME EMBARCO Y REGRESO Á GUATEMALA.

Así es que yo había hecho un viaje, que algunos calificaron de imposible y disparatado, y todo, ¿para qué? Reflexionando con calma, ¿qué había logrado? Macerar mi cuerpo, doblegar mi espíritu en cierto modo, quitándole la sensibilidad enfermiza, fruto de las lecturas románticas, adquirir el vicio de la solánea y el cannabis y comprender que si hay algún órgano rebelde, es el corazón.

Haciendo el balance entre mis sufrimientos y lo que había aprendido, ví que no valía la pena tantos

sacrificios, para tan pequeños resultados.

Me acordé que en el tesoro de nuestra civilización, poseemos inapreciables consoladores entre los grandes maestros del pensamiento. Libros por libros, me dije, me quedo con la Biblia, el monumento más grandioso que. en conjunto, posee el espíritu humano.

Podrán los de la India poseer más poesía; los himnos de los Vedas serán más etéreos que los de los cantores del Jordán pero ¿qué poema igualará jamás al de Job?

El era feliz, tanto, que por sus riquezas estaba reputado por el más opulento de todos los hombres del Oriente.

Con siete hijos y tres hijas había bendecido Dios su casa, y se supone

que su esposa contribuía á mantener la paz de aquel hogar santo y feliz.

Turnábanse los hijos con sus amigos en las fiestas y holocaustos que en casa del santo varón se hacían diariamente.

Y tan contento estaba Dios de su siervo Job, que decía de él, que no tenía semejante en la tierra; varón sencillo, recto y que se apartaba de toda sombra del mal.

Y Satanás produce la catástrofe. En el espacio de pocas horas, sus bienes le son arrebatados y sus hijos todos muertos por el huracán del desierto, que levantado de improviso, desencaja la casa bajo cuyo techo estaban y los sepulta en sus ruinas.

Y la desgracia convierte al hom-

bre en sabio. No se queja ni se lamenta de su inmensa desgracia, sino que dice, señalando á la tierra: "desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré á ella." Y no es eso lo peor que le pasa. Su mujer en vez de alentarlo y darle consejo y consuelo, lo riñe y le dice:

"¿Quieres aún permanecer en esa tu estupidez y necedad? Da tus bendiciones á Dios, y muérete después."

Y él: Como una de las mujeres necias has hablado. Si de las manos de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibiremos los males? y se calla, y sigue limpiándose la podre de sus llagas.

Y como padece de la lepra, y no tiene casa, ni quién lo cuide, lo arro-

jan al exterior de la ciudad, á un muladar.

Y allí se destaca en toda su grandeza aquella inmensa desgracia. La tierra es la escena, dice Víctor Hugo, el hombre el campo de batalla y las plagas los personajes.

Se le viene el sol del mediodía sobre la cabeza, que lo abisma y lo derrite; mas él no se queja. Llegan tres amigos curiosos, y más implacables que las oceánidas de Prometeo, lo atormentan con sus censuras, y él les dice, sonriéndose á fuerza de sufrimiento: "No os divirtáis conmigo, que soy como un tamboril en que suena el dolor."

Una de las escenas más espantosas de aquel libro, es la llegada de los amigos que no lo conocieron, y lloraron rasgando sus vestiduras.

Y vieron, dice el poeta, "que tan vehemente era su dolor, que se sen taron en tierra y estuvieron siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra."

Su grito más agudo es quizá este: "Perezca el día en que nací," y la noche en que se dijo: "Concebido ha sido un hombre."

En su desconsuelo, dice: "Denegrida está mi piel sobre mí, y mis huesos se *secaron* á fuerza del gran ardor."

"En llanto se ha convertido mi cítara, y mi órgano en voz de lloradores."

El resto del gran poema es bien conocido de todos. Hay que convenir que aquella monstruosa visión del dolor, no podía nacer sino en un cerebro oriental. La musa

helénica jamás habría tenido cánticos más desgarradores.

Y no sólo me recordaba de Job, que pone su esperanza en Dios, sino de Spinoza, el gran panteista, hijo también de la raza Hebrea, vidente más que filósofo, y con alma que poseía las transparencias del genio; y de Blas Pascal, el más bello ornamento de Port-Royal; y de Miguel de Montaigne, cuyos "Ensayos" se leen con tanta fruición, y de los que puede sacarse tanta doctrina para comportarse bien en la vida y saber aguardar la muerte como seguro tranquilo contra todas las desgracias de la existencia.

Entonces me vino la idea de regresar á mi país, en donde pensé que en el seno de la amistad y en compañía de mis buenos libros, po-

dría completar mi regeneración y volver á la sociedad á llenar mi destino hasta entonces incompleto.

Yo pensaba realizar este propósito al cabo de dos años, tiempo en que creía habría llegado á un completo apasiguamiento. Mas la suerte lo dispuso de otro modo.

La guerra civil, de que habrás oído hablar, se desencadenó en el centro del Imperio. Aquello fué un huracán demoledor. El convento que me daba abrigo fué demolido, robadas sus riquezas y los bonzos fugitivos tuvieron que buscar asilo en otros conventos. El hambre y la miseria vino como natural consecuencia, haciendo morir á millares á aquellos infelices. Jamás se ha formado el mundo idea de aquella espantosa calamidad, aunque me

consta que en Inglaterra y otras partes de Europa, se levantaron suscripciones para ayudar á aquellos desgraciados.

Yo conservaba algunos taeles, con cuya ayuda y pasando mil angustias, pude llegar á Hong Kong, en donde lo primero que hice fué recobrar mi traje de hombre de Occidente.

Allí dejé el opio por las inyecciones de morfina, que han puesto mi cuerpo en el estado en que lo has visto y que ya no me proporcionan las visiones de otros días.

Me metí al comercio, y algo pude economizar para mi pasaje y los gastos que necesite el resto de mis días.

Y aquí me tienes, mi querido amigo, viejo antes de tiempo, vicio-

so de un jugo implacable, el cual, una vez que os ha concedido sus favores, no os suelta más, y os consume y embrutece hasta dar con su víctima en el sepulcro.

En Estados Unidos conocí á mi amigo el poeta venezolano Pérez Bonalde, que no ha mucho murió del mismo mal que también me llevará á mí á la eternidad.

## XXII.

### LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JULIO.

Tal fué el relato fantástico que oí de labios de mi amigo. Esa especie de confesión, parece que lo calmó completamente. Muchos días duró su narración, con multitud de detalles que he omitido por no ser prolijo. Yo sentía que mi cariño se había duplicado al ver su desgracia; mas en mí había nacido un nuevo sentimiento para aquel mártir del corazón. Lo admiraba, como á un filósofo, y me impuse el deber de servirlo y consolarlo; lo que tengo la satisfacción de haber logrado en parte.

Pasaron así seis meses, durante los cuales fuí descubriendo nuevas claridades en su alma. No lo oí

quejarse más. Muchas veces lució en su espíritu el destello de la esperanza. Sonriendo hacía proyectos de un porvenir en que escribiría por sí mismo su historia, dando por extenso, para bien del mundo, una teoría sobre la impavidez filosófica ante el dolor.

Pero ni ésto pudo lograr aquel mártir. La morfina fué marcando más y más sus estragos. Os podéis salvar del alcóhol y libertaros de otros vicios; mas no del opio. Él mismo lo comprendía, y teniendo el fatal inyector en la mano, decía meneando la cabeza: vaya un día menos de vida, en cambio de un momento de tranquilidad de los nervios.

Y aumentaba los jeringazos con locura. Yo lo dejaba hacer, tem-

blando de lástima. Siendo médico, comprendía que la catástrofe era irremediable, y que habría sido una tortura inútil y criminal, retirarle la droga bienhechora.

Y la muerte llegó al fin, y lo encontró sonriente.

Sus últimas palabras, fueron:

*¡Tengo un dolor dentro de mí!*

*¡Ay! ¡mi alma enferma!!....*

Y el labio enmudeció para siempre. Cerré piadosamente aquellos ojos, y mi corazón vistió luto por Julio, mi mejor amigo.

## XXIII.

### CONCLUSIÓN.

Dos años después, recibí una extraña misiva. Sofía me llamaba desde el hospital, en donde se hallaba enferma de muerte. Creí un deber asistir á su llamado, y la encontré muriendo de una dolencia horrible. Nanná no me habría causado más horror. Como estaba ciega, no me vió, mas sí reconoció mi voz, y me dijo, con eco gangoso y apestante:

—He llamado á usted para que presencie mi castigo, que no puede ser más horrendo.

El remordimiento me lanzó en brazos del vicio, y ya ve usted que Julio, el hombre justo, está bien vengado. Como usted fué su her-

mano, y el espíritu de él vive en usted, yo necesito que á su nombre me perdone en la tierra; ¡y lloró!

—Yo le dije: Señora; sólo Dios es el Supremo Juez de las acciones de los hombres. Á Él y no á mí recurra en esta hora suprema de la reconciliación. Y me retiré.

*

Al escribir esta narración verídica, de uno de los tantos casos de su género, he deducido esta última reflexión:

Que no son las víctimas del Oriente de las que hablé en el primer capítulo de esta obra, los seres más desgraciados de la tierra, sino aquellos desventurados que llenos de vida, de amor y de esperanza, vieron en un momento su porvenir

truncado, su nombre mancillado y su corazón escarnecido.

Razón tenía Fígaro cuando ante el cadáver de Campo Alange exclamaba:

"¡Ay de los que lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño, tienen antes que pasar por éste que por aquélla; que esos viven muertos y la envidian!"